e-GO! Library

AS SEEN ON TV

THE BEST BOOKS IN YOUR POCKET!

Jam-pack your Kindle, iPad, Android, Nook, or any device, full of amazing books with your own e-GO! Library. At your leisure pick your favorite titles from a wide array of categories for all tastes. Total speed, convenience & mobility are yours. Your e-GO! Library is an innovative way “to have & hold” a fresh and plentiful supply of great titles. It’s seemingly endless entertainment without the need for the internet or downloading! All in a preloaded, USB memory flash drive which puts a thousand of today's best books in your pocket!

Enjoy Anywhere Anytime!

- ✓ **CONVENIENCE** of Preloaded USB flash drive
- ✓ **FORMATS** for ALL eReaders & Mobile Devices
- ✓ **NO** need for Wi-Fi or Internet
- ✓ **AVOID** Downloading
- ✓ **SAVE** Tons of Time & Effort
- ✓ **PERFECT** for Travel
- ✓ **FUN** for the Whole Family
- ✓ **MAKES** a Great Gift

CHECK IT OUT HERE

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

/\/\/\/\/\/\/\

AMPARO

(MEMORIAS DE UN LOCO)

———

segunda edición

———

MADRID
EST. TIP. DE RICARDO FÉ
Cedaceros, núm. 11

—

1888.

Es propiedad.

EPÍLOGO

He pasado de los treinta años, funesta edad de tristes desengaños, quedijo Espronceda.

Me he arrancado mi primera cana.

La experiencia se ha encargado de arrancarme una a una todas misilusiones, o por mejor decir de secar todas mis creencias.

Hoy sólo tengo dos:

Creo en un Dios incomprensible.

Creo que la vida es un sueño

La primera verdad la ha dicho la Biblia.

La segunda la ha dicho Calderón.

Si alguien dijo la primera antes que la Biblia;

Si alguien dijo la segunda antes que Calderón, quede sentado que yo noconozco fuera de aquel admirable libro y de aquel admirable poeta, al oa los que haya o hayan dicho aquellas dos verdades.

Lo que yo sé decir, por experiencia propia, es que nadie cree lasverdades hasta que se las hace conocer la experiencia.

La experiencia, en general, tiene una manera muy dura de dar a conocerlas verdades.

Si se nos permite que supongamos que la vida es un camino sobre el cualmarchamos con los ojos vendados, se nos permitirá también suponer que laexperiencia es un poste colocado en medio de nuestro camino, hacia elque marchamos a ciegas, y contra el cual nos rompemos las narices.

Pero en cambio, y por mucho que el golpe nos haya dolido, encontramosuna verdad que no conocíamos;

El reverso de una medalla;

La antítesis de una bella idea;

El interior de un *sepulcro blanqueado*;

Sarcasmo y podredumbre.

De lo que se deduce que: costándonos el conocimiento de cada verdad unacontusión, y siendo infinitas las verdades que nos obligan a descubrirlas ilusiones que debemos a nuestro amor propio, un hombre no puedellegar a tener experiencia, sin encontrarse completamente descoyuntado.

Un hombre lleno de experiencia es un árbol muerto, metafóricamentehablando, contra el cual zumba desapiadadamente el *huracán de laspasiones*, valiéndonos de otra metáfora.

Y sin embargo de que, y continuamos en el estilo metafórico, ya no tieneni frutos ni hojas que el huracán pueda arrancarle, le arranca lasextremidades de las ramas secas.

Después viene el rayo y le hace trizas.

Después la lluvia del invierno le pudre.

¿Dónde estaba el hermoso árbol?

Hasta sus raíces se han podrido.

Ese árbol no ha existido.

Ha sido un hermoso sueño de primavera.

Una horrible pesadilla de verano.

Sí; Dios que ha hecho su criatura para que sea destruida, esincomprensible.

La vida que pasa sin dejar tras sí vestigio alguno es un sueño.

Quede sentado que la Biblia es un gran libro;

Que Calderón era un gran poeta;

Y que yo soy lo que quieran mis lectores que sea.

Esto escribía yo una noche que no tenía sueño.

Eran las tres.

Estaba en calzoncillos blancos y tenía frío.

No tenía un cuarto y estaba desesperado.

Un viejo reloj de pared me dejaba oír un monótono tic-tac.

El ruido de un péndulo cuando se está en cierta disposición de ánimo, esun ruido que crispa los nervios.

No sé a quien he oído decir que el cólera morbo es una enfermedadnerviosa.

De modo, que cuando no se tiene sueño, cuando no se tiene dinero, y setiene frío, y se oye el tic-tac de un péndulo, en medio del silencio dela noche, se está muy expuesto a ser un *caso*.

Por lo mismo, y cediendo a un laudable sentimiento de conservaciónpropia, voy a meterme de nuevo en la cama y a buscar la vida en elsueño.

Porque, si la vida es sueño, el sueño debe ser vida.

Y esto es tan exacto, como que, si la vida del hombre son las ilusiones,nada más comparable a la vida que el hermoso sueño de un sediento quecree estar echado de bruces sobre una fuente cristalina;

O el de un pobre que cuente oro;

O el de un enamorado que besa y devora a una mujer hermosa;

O el de un diputado de la oposición que se mete debajo del brazo unacartera;

O el de un hambriento que come en la fonda del CISNE.

(Entre paréntesis: la fonda del CISNE es de un amigo mío, y puedorecomendarle cualquiera de mis lectores, para que en un cubierto de aduro le ponga un plato más.)

Me he metido en la cama, pero no he conseguido dormirme.

La realidad huye de mí: el sueño me persigue.

Soñemos, ya que no podemos vivir.

Soñemos escribiendo.

Escribir es muy fácil, sobre todo cuando se escribe mal.

Por eso tenemos en España tantos literatos;

Y tantos poetas;

Y tantos periodistas;

Y tantos sabios.

Esto consiste en que en España todos estamos aburridos, o tenemos frío ohambre, y nos distraemos escribiendo.

También es cierto que son muy pocos los que se distraen leyéndonos.

Por eso en España los escritores no tenemos un cuarto.

Hay diez musas.

O por mejor decir, no hay diez musas sino una.

Antes había nueve.

La una, que las ha matado, es una musa horrible que vive de dar muerte.

Esa musa es el HAMBRE.

El hambre es la musa de los españoles.

¿Quién dijo esto? ¿Quién lo dijo?

Venturita.

No señor: don Ventura.

Aun no señor: el excelentísimo señor don Ventura de la Vega.

El que abandona a *César* por el *Marqués de Caravaca*;

La tragedia por la zarzuela;

La fama por el dinero.

Bien sabía Vega lo que se decía cuando dijo que la musa diez era elhambre.

Nosotros hemos dicho que el hambre es la musa única de los españoles.

Y si no, ¿quién les inspiró la revolución de julio?

Porque una revolución no es otra cosa que una poesía diabólica, paraproducir, la cual es necesario que a todo un pueblo se le calienten loscascos.

¿Quién fue, pues, la musa que inspiró al pueblo de Madrid aquellasinfonía infernal de los *tres días* y aquel poema berroqueño en quincecantos de las barricadas?

Fue la libertad.

Sí, señor: pero la libertad en su sentido real, tangible y comestible:el deseo de comer libremente.

¿Quién inspiró tantas cosas inspiradas como se dijeron y se escribieron?

La necesidad de comer.

Es verdad que no hemos comido tanto como esperábamos: que el banquete noha correspondido al programa... pero...

Se conoce que estoy de muy mal humor, en que he ido a meterme con botasy espuelas bajo la jurisdicción o en la jurisdicción del señor fiscal deimprenta.

Por lo mismo, y para evitar una cornada, tomemos de nuevo el olivo de labella literatura.

Esto es: levantemos ante el señor fiscal, como en señal de paz, un ramode oliva.

Dicen que en el Saladero es muy fácil convertirse en *caso*. [* Esto se escribía durante el cólera.]

Es necesario, pues, evitar de todo punto que le pongan a uno ensalmuera.

Pero diréis, y con razón: el autor está loco:

Perdonad: una palabra.

Tened en cuenta que he empezado mi novela por el epílogo: es decir, quela he acometido por la cola.

Este epílogo, reducido a su verdadera expresión debía constar únicamentede estas palabras:

EL AUTOR SE HA VUELTO LOCO.

O bien si no os agrada el modismo:

EL AUTOR HA ENLOQUECIDO.

O bien:

El autor no ha logrado todavía encontrar su juicio, y se lo pide a suslectores.

MEMORIAS DE UN LOCO

Era ya muy tarde, o por mejor decir muy temprano.

Los relojes de la villa de Madrid habían marcado las tres de la mañana.

No había alumbrado; pero el reflejo de la nieve que cubría las calleshacía la noche muy clara, aunque el cielo estaba muy oscuro.

Salía yo de una de esas casas...

Pero antes de que os diga la casa de donde salía, debo deciros quién soyyo.

Soy un hombre ni feo ni hermoso, que acabo de cumplir treinta y seisaños, y que en la época en que pongo la fecha de mis memorias teníaveinticuatro.

Soy una persona decente, porque soy rico, y lo fue mi padre y también lofueron mis abuelos.

Porque soy rico y persona decente me fastidiaba en aquella época.

Ahora no me fastidio: ahora agonizo.

Pero en aquella época estaba hastiado.

A los veinticuatro años había viajado mucho, y de mis viajes sólo habíasacado en limpio una suma enorme de recuerdos embrollados.

Mi pensamiento era una especie de torre de Babel.

En mi continuo trato con toda clase de gentes sólo había encontrado unaverdad.

Que nuestro hombre y nuestra mujer no existen.

O, precisando más la frase, que nuestro amigo y nuestra amante son dosfantasmas soñados por nuestro deseo.

Sin embargo, muchos hombres me han ofrecido su bolsa y su vida, y muchasmujeres su cuerpo y su alma.

Yo tomaba lo que estos hombres y estas mujeres me vendían a beneficio deinventario, y ponía en cuenta corriente sus sacrificios frente a midinero.

Lo que significa que descubrí otra verdad que se contiene en lossiguientes versos:

Pues el amor y la amistad se venden,
lo que hay que procurarse es el dinero.

Si yo hubiera sido pobre, me hubiera afanado por adquirirle, para tenerun día el placer de estrechar las manos de muchos amigos y serestrechado entre los brazos de muchas amantes.

Pero como era rico, me encontré en posición de entrar en el mundo de lasafecciones por la puerta principal desde el momento en que me decidí aser *hombre de mundo*.

Y tuve amigos y amantes... a docenas.

Pero comprendí que estos amigos y estas amantes no merecían ni aun loshonores de la farsa.

Acabé por hastiarme y pensé en el suicidio.

El hastío es la modorra del espíritu, su condensación, su no hay másallá; su mortaja, su ataúd, su *pulvis es*.

Un hombre hastiado es un muerto que anda; un muerto que en vez deapestar a los vivos es apestado por ellos.

Me decidí por el suicidio.

Pero no adopté el medio vulgar de darme un pistoletazo, de suspenderme,de sumergirme, de darme de puñaladas o de beber ácido prúsico.

Tales medios no los adoptan más que los desesperados de mal género.

Los que temen a los acreedores.

Los que han sido bastante necios para referir su existencia a laposesión de una mujer.

Los etcétera, etcétera.

Un hombre hastiado debe morir noblemente luchando brazo a brazo con elhastío, forzándole, estrechándole, entrando de lleno en los excesos detodo género, hasta caer bajo los estragos de una vida monstruosa,absurda.

Yo lo adopté todo: la crápula, la orgía el desorden, el placer...

Yo esperaba que apareciese la tisis.

Pero la tisis huyó espantada de mí.

Inútilmente forcé mi organización, procuré gastarme.

Mi organización resistió como una máquina de acero.

Entonces me entregué resignado a mi destino.

Como si un genio fatal y poderoso se hubiese propuesto oponerse a mivoluntad, se me hizo imposible el suicidio, a no ser apelando al medioruidoso y poco decente de levantarme la tapa de los sesos, o de hacermematar en un duelo.

Me reduje, pues, a satisfacer las necesidades materiales, y no pudiendovencer al hastío, le acepté con dignidad.

En este estado, pues, me encontraba a las tres de la mañana, aquella enque las calles de Madrid estaban cubiertas de nieve.

Salía yo de una de esas casas, donde todo es permitido, donde se ríe, sebebe, se habla libremente, se fuma y se está medio tendido y con elsombrero puesto.

Una de esas casas, en cada una de las cuales tiene abierta una candentey luminosa página el mundo.

Donde las mujeres se presentan tales cuales son, arrojada la careta deldecoro.

Donde los hombres hacen gala de sus vicios.

Yo no gozaba allí; pero estaba mejor que en otras partes, porque allí almenos veía claro, y no estaba obligado a fingir ni a violentarme.

. . . . . .

Adelantaba yo maquinalmente a lo largo de una calle.

Aquella calle era corcobada de configuración y ciega de luces.

Hacía un frío de cuarenta grados y nevaba.

De repente brilló una luz a lo lejos, y un cuerpo humano proyectó sobrela pared una gigantesca sombra.

Y, sin embargo, lo que producía aquella sombra gigantesca era una niña.

Aquella niña era una trapera.

Iba sola, y la acompañaba un perro.

Yo llevaba en la boca un cigarro sin encender, y con intención deencenderle me dirigí a la trapera.

La muchacha tenía muy poca ropa, y el perro muchas lanas.

Sin embargo, la muchacha parecía resistir admirablemente el frío, y elperro tiritaba.

La muchacha cantaba a media voz, sin duda por temor de interrumpir consu canto el sueño de los vecinos, y revolvía los montones de despojoscon su gancho, buscando trapos que, cuando encontraba, arrojaba en lacesta.

Al acercarme, el perro gruñó y adelantó hacia mí de una maneraamenazadora.

La muchacha entonces me miró y seguidamente llamó a su perro.

—¡Eh! ¡quieto, Mustafá! le dijo, dejándome oír una voz infantil yfresca, al par que armoniosa y grave: ¿no ves que es un caballero?

El perro retrocedió, y yo me acerqué más.

La muchacha me miró de nuevo.

Hay miradas que son una historia.

Hay miradas que son un poema.

Hay miradas que son una sátira.

Hay miradas que dilatan el alma.

Hay las por el contrario que la comprimen.

La mirada de la traperita me refirió una historia muy sencilla.

La historia de una vida de sufrimiento.

La mirada de la traperita fue un poema que podía haberse reducido aestas dos palabras:

«Sufro y espero.»

Estas dos palabras son la historia del género humano.

Sufrir y esperar.

¿Qué sufría aquella niña?

La pobreza con todas sus consecuencias, acaso.

¿Qué esperaba?

¡Quién sabe lo que puede esperar una criatura!

La muchacha era toda ojos: unos hermosísimos, rasgados y elocuentes ojosnegros.

Aquellos ojos se descataban de una manera enérgica, y parecían másgrandes y más negros que lo que lo eran en realidad, sobre un semblanteflaco, muy pálido, muy triste.

A pesar de la tristeza de aquel semblante, los ojos sonreían, pero conla triste sonrisa de la resignación.

Su mirada dilató mi alma, la hizo aspirar una pasión pura.

Yo creo que fue compasión hacia aquella niña lo que me hizo sentir sumirada.

Y a más de la compasión un no sé qué misterioso, que no era amor nideseo porque ni deseo ni amor podía inspirarme aquella pobre criatura.

Sin embargo, han pasado doce años desde que la vi la primera vez, y aúnno he podido olvidar su primera mirada.

Me sonrío con ella como se sonríe a un hermano querido.

Me dio *paz* con su mirada en el alma.

. . . . . .

Han caído dos lágrimas sobre el papel.

Siempre que las lágrimas asoman a mis ojos tiemblo de miedo.

Porque cuando mis ojos se arrasan, me sobreviene al poco tiempo uno deesos horribles ataques, en que no pudiendo resistir lo íntimo del dolorde mi corazón, grito y me revuelco, y me destrozo: y entonces vienen lasligaduras y el lecho de tormento y el horrible casco de nieve.

¡Me creen loco!

Es necesario pues olvidar, procurar olvidar; secar las lágrimas yesconder estas memorias.

La miré frente a frente, y ella me miró durante algunos segundos con unacuriosidad infantil.

—Encienda usted, caballero, me dijo, levantando su farol y abriéndole.

Encendí mi cigarro.

Luego volví a mirar a la traperita que cerró el farol y se puso arebuscar de nuevo con su gancho.

Yo, no sé por qué, permanecía inmóvil junto a ella.

—¿Cuánto ganas buscando trapos? la dije.

—Según: me contestó: diez cuartos, doce, dos reales. Antes se ganabamás; pero ahora... hay muchos traperos y pocos trapos.

—¿Y no tienes más oficio que éste?

—No señor.

—¿Y con diez cuartos te mantienes?

—Como pan unos días, y otros pan y queso. Además, la señora Adela ganaotro tanto.

¡La señora Adela! Aquel calificativo antepuesto a un nombre hasta ciertopunto aristocrático, causó en mí un efecto inesplicable.

—¿Quién es la señora Adela? la pregunté.

—Es una mujer que me ha criado.

Y al pronunciar estas palabras, creí notar en su entonación algo dedoloroso, algo de impaciente, algo que revelaba que no era la señoraAdela lo mejor del mundo para la traperita.

Comprendí que tenía delante una pobre existencia necesitada de amparo.

Nunca mi hastío de la vida llegó hasta el punto de hacerme indiferente alas desgracias ajenas.

Metí la mano en mi bolsillo y saqué una moneda.

Era una onza.

Yo había pensado darla un napoleón.

Sin embargo, alargué la mano hacia la niña y la entregué la onza.

La chica la tomó, probó su peso y se puso gravemente seria.

—¡Gracias, caballero! me dijo, devolviéndome la onza. Me basta con loque gano.

Y se puso de nuevo a revolver y a buscar, guardando un profundosilencio, y visiblemente contrariada.

—¿Por qué no has tomado ese dinero? la dije.

La muchacha no contestó.

Me obstiné, y entonces, alzándose con una dignidad y una firmezasupremas, me dijo:

—Si no sigue usted su camino, caballero y me deja en paz, llamaré alsereno.

A tal arranque tomé mi partido: arrojé la onza en la cesta de lamuchacha, y me alejé.

—Por favor, caballero, me dijo corriendo tras de mí y con acento entresuplicante y colérico: usted está equivocado y tira su dinero. Créameusted: tome usted su onza: yo le doy las gracias y... no hablemos más.

—¿Y de qué modo puedo yo hacer para favorecerte? dije volviendo ytomando la onza.

—Dios me favorecerá; esté usted seguro de ello. Dios y...

La muchacha calló, tembló y fijó una mirada ansiosa en el fondo de lacalle.

Guiado por su mirada, miré y vi otra trapera que se acercaba.

—¡La señora Adela! exclamó la muchacha, y se puso con un ardor febril asu interrumpido trabajo, mientras Mustafá gruñía sordamente.

Tardó poco en llegar una mujer harapienta, alta, huesosa, como detreinta y cinco a cuarenta años, que fijó en mí una mirada insolente.

—¿Qué quiere este caballero? preguntó con acento de amenaza a la pobreniña.

—Me ha pedido fuego para un cigarro, contestó temblando la traperita.

Yo creí deber atajar la conversación.

—¿Es usted la señora Adela? la dije.

—Sí, señor: ¿qué se le ofrece a usted? contestó secamente.

—Necesito hablar con usted a solas.

—¡Ah! ¡Necesita usted hablarme! Pues vamos.

Y se puso en marcha.

Noté que la traperita arrojaba sobre aquella mujer y sobre mí, unamirada llena de ansiedad.

Seguimos la señora Adela y yo a lo largo de la calle, y nos detuvimos ala puerta de uno de esos cafetines, asilos de tahúres y vagos, cuyapuerta se cierra a la hora prescrita en los bandos, pero que se abredurante toda la noche a todo el que llega.

Llamé, abrieron, y la señora Adela y yo entramos.

Nos sentamos junto a una mesa, y la trapera pidió aguardiente.

Entonces, a la luz de un mechero de gas inmediato, pude observar ciertosrasgos de distinción degradada en el semblante angular y huesoso deaquella mujer: del mismo modo, no era difícil comprender que aún erajoven; que si parecía vieja, lo debía a excesos, y que en otro tiempodebió ser notablemente hermosa.

Sus manos, ese indudable signo, por el que se conocerá siempre a unapersona distinguida, eran aún bellas: su mirada altiva y fija.

Estaba, pues, metido en una verdadera aventura.

—Me parece que adivino de lo que quiere usted hablarme;—me dijomirándome con una extraña fijeza; y sin dejarme tiempo para contestarañadió:—sin duda se trata de Amparo.

—¡Se llama Amparo!

—Y es una hermosa muchacha: está flaca y sobre todo mal vestida; perocon un mes de buen trato...

—¡Y usted la vendería, la dije con repugnancia sin dejarla concluir.

—Hoy todo se compra y se vende, me contestó con sarcasmo: se vende elamor, se vende la amistad.

—¡Y se venden las hijas!

—Amparo no es mi hija, me contestó con precipitación y con acentosingular. Hace catorce años la encontré en la calle.

—¿Y sus padres no la reclamaron?

—No.

—Pero si usted no es su madre, al menos la ha criado usted.

—Por lo mismo quiero que sea feliz, dijo la trapera con su duro acento,que me causaba una sensación fría, punzante, indefinible.

—¿Y para que sea feliz la vende usted?

—La mujer no es feliz más que vendiéndose; vendiéndose muy caramientras es hermosa, arrancando al amor que compra, dinero para cuandosólo puede buscarse la caridad; ¡la caridad!...

Y después de haber pronunciado con acento de blasfemia su últimapalabra, se bebió de un trago una copa de aguardiente.

—Pues usted, la dije con desprecio, no ha sabido, por lo que se ve,aprovechar sus buenos tiempos.

—Es que yo no me he vendido, me contestó con una expresión singular:por lo mismo la vendo a ella.

—Creo que ella no piensa venderse.

—Hará lo que yo quiera.

—Pues bien: me encargo de esa muchacha.

—No me gustan las palabras de sentido ambiguo. Sepamos claramente de loque tratamos. ¿Cuándo ha conocido usted a Amparo?

—Esta noche.

—¿La ha hablado usted?

—Muy poco.

—¿Y cómo entenderemos eso de encargarse usted de ella?

—Creo que puede ocuparse en otro trabajo más cómodo y beneficioso, queen el de recoger trapos.

—Sí, ciertamente.

—Por ejemplo: puede entrar en un taller.

—Es verdad: repuso aquella mujer, cuyo semblante se había cubierto conla expresión de la mayor reserva; pero es el caso, que cosiendo se ganamuy poco, y que hay que pasar por un aprendizaje, durante el cual nadase gana.

—¿Cuánto suele durar ese aprendizaje?

—Acaso un año.

—No hablemos más: venga usted conmigo.

Pagué: salimos del café y llevé a aquella mujer a mi casa.

Mi criado Mauricio se asombró al verme entrar con tan mala compañía, ymucho más cuando me encerré con ella en mi gabinete.

—De hoy en adelante, la dije, puede usted contar con doce durosmensuales. Además, como supongo que carecerán ustedes de todo, tomeusted estos dos billetes de a mil reales, y empléelos en ropas yutensilios. Todos los meses venga usted por la cantidad que asigno aAmparo.

—¡Gracias, dijo fríamente aquella mujer, y se despidió de mí.

Cuando me quedé solo, busqué el cuaderno donde estaban consignadas misobligaciones, y anoté lo siguiente:

«Doscientos cuarenta reales para Amparo.»

Yo había hecho esto por temperamento, por costumbre, no por caridad.

Me acosté y me dormí.

Cuando desperté al día siguiente, había perdido el recuerdo de aquellaaventura.

Entró Mauricio y me dijo:

—Ahí está una muchacha que pregunta por usted. Vino a las diez y havuelto otras tres veces a ver si se había usted levantado.

—¡Una muchacha! exclamé con extrañeza.

—Sí, sí, señor, y no es maleja: dice que se llama Amparo.

—¡Ah! Que entre, que entre.

Poco después entró Amparo.

La acompañaba su perro.

Venía peinada y limpia, pero muy pobre y muy ligeramente vestida.

Me saludó con gracia y con la misma digna lisura con que hubierasaludado a un conocido antiguo.

Sonreía tristemente y estaba encendida, sobreescitada.

El perro fijaba en mí una atenta e inteligente mirada.

—Perdone usted, caballero, me dijo Amparo, si he venido a incomodarle,pero he creído que debía venir a verle.

—¿Y por qué, hija mía?

—¿Por qué? ¿Con qué objeto ha dado usted dinero a la señora Adela? mecontestó con precipitación y con vergüenza.

—No hablemos de eso, la dije, la señora Adela lo sabe.

—Nada me ha dicho, sino que ya no recogeremos más trapos; quecompraremos vestidos y camas.

—¡Cómo! ¿No teníais camas?

—No, señor: ese es mucho lujo para nosotras, dijo sonriendotristemente: cuando se ha trabajado mucho, y sobre todo, cuando, se estáacostumbrado a ello, se duerme muy bien sobre un ruedo.

De la misma manera que otros se muestran neciamente soberbios con suopulencia, Amparo se mostraba noblemente orgullosa con su miseria.

—Y bien, repuse: si nada te ha dicho esa mujer, ¿cómo sabes que yo lahe dado dinero?

—Anoche, cuando usted se alejó con ella, apagué mi farol y me fuidetrás: esperé a que saliesen ustedes del café, los seguí y vi queentraban en esta casa. Esta mañana cuando la señora Adela me enseñó dospapeles encarnados, cuando leí...

—¿Sabes leer?

—Sí, señor, contestó sin el más leve asombro de vanidad Amparo; cuandoleí lo que en aquellos papeles estaba impreso y vi que eran billetes debanco... dinero, adiviné que aquel dinero venía de usted.

—Y bien, ¿qué?

—Necesito saber con qué objeto se ha desprendido usted de esa cantidad.

—¡Bah! ¡bah! ¿Con qué objeto? Con el de que no pases más noches malas;con el de que aprendas un oficio y puedas ser la honrada mujer de unartesano.

—El padre Ambrosio me ha dicho que hay en el mundo personascaritativas; pero me ha dicho también que muchas veces se toma lacaridad por pretexto.

—¿Y quién es el padre Ambrosio?

—Un religioso exclaustrado de la Merced, que vive hace muchos años enla misma casa de vecindad donde yo vivo; un digno ministro del Altísimo;mi padre; la guía que Dios me ha dado viéndome desamparada en el mundo.

—¡Ah! ¡un religioso!

—El infeliz no ha podido hacer otra cosa que enseñarme a leer y aescribir y procurar encaminarme a la virtud. Es muy pobre, pero... ¡esun sabio! Lo poco que sé se lo debo, y, sobre todo, él me ha hechoconocer que la mayor riqueza es la honra; la mayor felicidad tener laconciencia tranquila; el mayor mérito a los ojos de Dios, sufrirresignadamente la pobreza.

—De modo que tú, pobre, miserable, destinada a un trabajo rudo ypenoso, mal alimentada, mal vestida, sin fuego con que calentarte, sinlecho en que dormir, ¿estás resignada con tu suerte?

—Sí, señor, contestó Amparo repitiendo su triste sonrisa.

—¡Oh! Tú no conoces al mundo, eres muy joven; estás soñando.

—Me he criado en una casa de vecindad y tengo ya catorce años.

—¿Pretendes tener experiencia?

—¡Oh! ¡sí! Yo sé que si quisiera podría vivir cómodamente, vestirhermosas telas, concurrir a los teatros y a los paseos. Sé, porque laseñora Adela me lo ha dicho, que un hombre muy rico está enamorado demí. Lo sé tanto, como que me he visto maltratada muchas veces porque mehe negado... a ser feliz, como dice la señora Adela.

—¡Oh! ¡Tan joven y ya conoces el mundo!

—¿No he de conocerle si me he criado entre lodo?

—Pero tu lenguaje es escogido, Amparo: tus maneras riñen con tuposición, pareces una señorita disfrazada.

—Lo debo al padre Ambrosio; lo debo a los libros que leo.

—Y...¿qué libros te ha dado a leer ese religioso?

—Cuando supe leer y escribir, me puso en las manos la imitación deCristo del padre Kempis.

Yo no había leído el tal libro; pero supuse que sería un libro dedevoción como otros tantos.

—¿Y qué más? añadí.

—La Biblia.

—¡Habrás leído, pues, el *Cantar de los cantares*!

Amparo me miró profundamente y se ruborizó, lo que demostraba que habíaleído aquel libro, que tenía talento y que había comprendido laintención de mi pregunta.

—El *Cantar de los cantares* es un admirable libro simbólico, me dijo.

—¿Y no has leído más?

—Sí; sí, señor, los sermonarios de Bossuet y de Fenelón.

—¿Y nada profano?

—Sí; sí, señor, la historia universal de Anquetil, el Telémaco, elpadre Mariana y las poesías de nuestros clásicos.

—¿Y novelas?

—Ninguna... ¡ah! sí: las de doña María de Zayas, los ejemplares deCervantes y el Quijote, esa admirable novela.

Y había una lisura tal en la expresión de Amparo al contestarme; talfalta, tal negación de pretensiones, que era necesario creer que no sólotenía talento, sino también elevación de ideas: ¡y junto a esto talconformidad, tal resignación con lo ingrato de su fortuna!

Yo, que me había interesado por ella por compasión, empecé ainteresarme por afecto, y por un momento sentí que mi hastío por la vidadesaparecía; comprendí que había encontrado algo a que podía consagrarmedignamente: a hacer el porvenir de aquella joven tan simpática, tanmerecedora de amparo, yo era entonces impío y me dije:—Ya que lacasualidad la ha procurado un buen hombre que la eduque, yo, que soyrico, haré lo demás: el sacerdote por una parte, y el calavera de buencorazón por otra, haremos de ella un prodigio.

Y dentro de mi corazón adopté a aquella niña.

Una adopción paternal, pura, desinteresada.

Había en Amparo algo que dilataba mi alma.

Ni yo podía pensar de otra manera: la corrupción de la mujer por mediodel oro, me repugnaba: la rechazaban mi corazón y mi dignidad, y comojamás pensamos voluntariamente en lo que nos repugna, ni reparé que enAmparo existían los gérmenes de una gran hermosura, ni me incitó supureza, ni miré en ella más que un ser débil digno de protección.

Por lo mismo, me apresuré a tranquilizarla respecto a mis intenciones.

La hablé con la elocuencia del sentimiento, con su forma poética, porqueestaba seguro de ser comprendido por ella: con toda la espontaneidad demi franqueza y de mi desinterés, y logré que Amparo se tranquilizasecompletamente.

—¡Ah! me dijo con los ojos arrasados de lágrimas: ¡Dios se lo pague austed!

Y Amparo me asió las manos, las estrechó contra su boca, y las cubrió delágrimas.

Después salió.

Mustafá, que durante esta escena había estado echado sobre la alfombra,se levantó, me miró, movió lentamente la cola, y siguió a la niña.

Empecé a sentir una vaga, pero dulce ansiedad: Amparo había causado enmí una impresión profunda, me había hecho experimentar una sensacióndesconocida.

La recordaba (no podré deciros de qué modo) pero su recuerdo me dilatabael alma.

Era el amor de un padre satisfecho de su hija.

Dejé de pensar en la muerte.

Me detuve en el camino del suicidio.

Dejé de concurrir a los lupanares.

Arreglé mi vida.

Causé una dolorosa sorpresa en mis administradores, anunciándoles queiba a dedicarme al cuidado de mis intereses.

Hice todo esto bajo la influencia de este pensamiento:—He adoptado a unser a quien debo procurar hacer feliz.

Amparo había hecho en mí una revolución: me había reconciliado con lavida.

En recompensa, yo varié de plan respecto a su porvenir: la práctica deun oficio mecánico me parecía indigna de ella.

Aspiraba en su nombre a más.

Algunos podrán creer esto exagerado; sí lo es, está en armonía con laexageración de mi carácter; yo siento de una manera poderosa, y parasentir me bastan pocas impresiones.

Amparo me había impresionado fuertemente.

No sabía donde vivía.

Un día encargué a Mauricio que la buscase.

Mauricio empleó cuantos medios se conocen para encontrar una persona dela cual se saben el nombre, las señas y la condición.

Gracias a lo bien montada que está la policía en España, Mauricio, queera uno de los mozos más listos que he conocido, no pudo dar con ella.

Preguntó a los traperos y le contestaron que no la conocían.

Fue al Ayuntamiento y sólo constaban allí el nombre y el número deAmparo como trapera.

Amparo empezó a hacérseme una dificultad: indudablemente a fin de mes,la señora Adela vendría en busca de su asignación; pero yo no queríaesperar aquel plazo.

Habían pasado quince días desde mi aventura.

Era por la mañana y Mauricio entró alegre.

—Ya la tenemos, exclamó.

—¿A quién?

—A la señorita Amparo.

—¡Cómo! ¿sabes dónde vive?

—Está en la antesala.

—¡Ah! exclamé saliendo de mi gabinete y atravesando la sala; entreusted, señora, entre usted.

Amparo entró.

Venía sencillamente vestida, un manto de sarga, un cordón de pelo alcuello con una pequeña cruz dorada, un pañuelo de seda sobre loshombros, una bata de percal, y un delantal negro; me pareció más alta ymás bella: venía encendida, alegre, con un bulto bajo el manto; mesaludó con una sonrisa sumamente afectuosa y entró en el gabinete, sobreuna de cuyas mesas dejó el bulto que traía bajo el manto, y que produjoun sonido metálico.

—¿Qué es eso? la dije.

—Esto es que Dios me favorece, me contestó: son tres mil reales que heganado a la lotería.

—¡Ah! exclamé adivinando su intención.

—Tres mil reales que traigo a usted.

—¿Y para qué quiero yo eso?

—¿Para qué? me contestó mirándome gravemente, para que se reintegreusted de los dos mil reales que dio a la señora Adela.

—¡Ah! ¿eres orgullosa?

—No por cierto, ¡sino que habrá tantos otros desdichados!

Se me nubló el semblante, y Amparo se apresuró a decir:

La caridad debe ser discreta; la caridad indiscreta hace más daño quebeneficio; yo ya tengo todo lo que podía desear; un cuartito alegre, unacama blanda, ropa blanca y dos vestidos de

calle. Trabajo; trabajo conardor, y dentro de poco seré oficiala. Emplee usted esos dos mil realesen amparar otra desdicha, y los mil restantes guárdelos usted paradárselos doce a doce duros a la señora Adela: hay para cuatro meses;dentro de cuatro meses ganaré una peseta, que era cuanto deseaba. Conque... no hablemos más. Ahí se queda eso. Tengo que comer y estar a lastres en el taller.

Y escapaba.

—Espera, la dije, ¿no quieres tener nada mío?

—¡Oh? sí, sí... el recuerdo... y el agradecimiento. ¿No basta eso?

—Bien, me quedo con ese dinero, aunque sería mejor que los mil realesrestantes se los entregases a la señora Adela.

—Los gastaría en aguardiente.

—Me rindo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Ven mañana a almorzar conmigo.

Meditó durante un momento Amparo, y contestó:

—Vendré. Afortunadamente es domingo.

Y saludándome alegremente, escapó.

—¡Ah! tiene usted suerte, me dijo Mauricio; es una prenda de rey.

Recuerdo que Mauricio, recordando un puntapié que le valió estaobservación, habló en lo sucesivo con el más profundo respeto de la*señorita Amparo*.

Fuime a una joyería y gasté los tres mil reales que me había dadoAmparo, en una bonita cruz de diamantes para ella.

La joya era de muy buen gusto, y debía parecer muy bien en el bonitocuello de la muchacha.

Además necesitaba dejar bien puesta mi vanidad.

Aquella inesperada devolución la había humillado.

Amparo me trataba por decirlo así, de potencia a potencia.

Yo no podía conservar aquel dinero.

Mi vanidad quedaba a cubierto, regalándola la cruz.

Sólo con este objeto la había convidado a almorzar conmigo.

El día siguiente a las once, Amparo estaba en mi gabinete, dondeMauricio había servido la mesa.

Mientras Amparo se quitaba el manto con una hechicera confianza,Mustafá, que sin disputa era mi amigo, sentado enfrente de mí, meneabalentamente la lanuda cola y me miraba de hito en hito.

Yo contemplaba a Amparo con el mismo placer con que se contempla unacosa bella, fresca, pura, encontrada por acaso en el erial de la vida.

Era una niña, en toda la extensión de la frase, espigadita, esbelta, conbonitas manos, ojos hermosos, y una montaña de cabellos negros ybrillantes, agrupados en trenzas: muy blanca, muy pálida y muy delgada.

Tenía la seducción de la pureza confiada en sí misma, que por nada sealarma, que nada teme: iba de acá para allá, y me lo revolvía todo.

—¡Cómo se conoce que aquí no hay una mujer! decía: polvo por todaspartes, ¡y un desorden!... todo lo que hay aquí es bueno y bello; perosería más bello, parecería mucho mejor, si estuviese colocado en susitio. Y luego... ¡estas armas! ¿para qué son estas armas? ¿a quiéntiene que matar un hombre honrado?

—Son objetos de arte, la dije.

—Traed: pues, a vuestro gabinete un cañón de a veinticuatro cincelado.

—¡Ah! ¿no crees que sea necesario alguna vez?...

—¡Nunca!

—¿Ni aun por un asunto de honor?

—Me horrorizaría un hombre que por una cuestión de honor hubiera matadoa un semejante suyo... ¿y estos libros?... añadió pasando con la mayorfacilidad de un objeto a otro. ¡Novelas!... Creo que en lo peor en quepuede ocupar un hombre su talento, es en escribir novelas.

—¿Por qué?

—¿No basta la vida real? ¿qué necesidad hay de exagerarla?

—La novela enseña.

—La novela vicia las costumbres.

—Eso lo dirá el padre Ambrosio.

—Sí por cierto; y basta para mí que el padre Ambrosio lo diga: es unángel... ¡Ah! el padre Ambrosio sabe que vengo a almorzar con usted.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada: absolutamente nada. ¿No sabía el padre Ambrosio que iba sola denoche a recoger trapos por las calles?

Este recurso a sí misma, esta manifestación de fuerza, me encantó.

—¿Y son estas las novelas que usted lee? dijo con severidad Amparo, quehabía ojeado uno de mis libros. ¡Oh! esta novela en ninguna parte estámejor que en el fuego.

Y arrojó el libro a la chimenea.

Era un tomo del *Baroncito de Faublas*.

Sólo había tenido tiempo de leer algunas líneas Amparo, y se habíapuesto encendida como una guinda.

Así con las tenazas el libro, y le saqué de la chimenea donde olía mal,arrojándole a la jofaina.

Prometí a Amparo hacer un auto de fe con todos mis malos libros, ymediante esta promesa se restableció nuestra buena armonía.

En seguida nos pusimos a almorzar.

Yo había cuidado de que el almuerzo fuese muy sencillo y compuesto dealimentos acomodados a las costumbres de Amparo.

Era, en fin, un verdadero almuerzo español; con el indispensablechocolate.

Amparo comía con apetito y sin encogimiento.

Mustafá sentado junto a ella gruñía con impaciencia excitado por el olorde los manjares.

Puse un plato al leal compañero de Amparo, que me dio las gracias conuna sonrisa, y acarició después con su pequeña mano la cabeza del perroque comía con ansia.

—¡Ah! dijo hablando con él, esta es la primera vez que almorzamos bien,Mustafá.

—Pues así puedes almorzar, la dije, todos los días.

Pintose una expresión de reserva en el semblante de Amparo.

Comprendí que el mundo especial en que había vivido, ese mundo que sellama *casa de vecindad,* donde resaltan todas las miserias, todas lasadyeciones, todas las ignorancias, la había hecho recelosa ydesconfiada.

—Puedes almorzar así todos los días, la dije, si consientes en que serealice lo que he pensado respecto a ti.

Amparo me miró con una profunda y grave atención, y me preguntó:

—¿Y qué ha pensado usted?

—He pensado, primero, en que la posición en que te encuentras es muyprecaria.

—He nacido pobre, me contestó con altivez; mi porvenir es el trabajo;acaso con mucha aplicación y alguna suerte podré adelantar; tener dentrode algunos años un taller mío.

—¿Y las enfermedades?

—¡Buena manera de alentar a los pobres!

—Es que yo quiero asegurar tu suerte.

Amparo había dejado de comer, y noté que había perdido enteramente sutranquila confianza; que estaba preocupada, disgustada, pesarosa dehaber ido a almorzar conmigo.

—Soy rico, muy rico; sobrino de un grande de España que no tiene hijos,ni los tendrá probablemente; heredaré sus rentas y su grandeza.

Nublose más el semblante de Amparo.

—No pienso casarme jamás, continué, y quiero que seas mi hija adoptiva.

Amparo me miró de una manera penetrante, como si hubiera queridoasegurarse de hasta qué punto eran verdad mis palabras y la marcadaconmoción con que las había pronunciado.

Sin duda mis ojos dejaban ver claro lo que mi alma sentía, porque laexpresión de reserva y de duda desapareció del semblante de Amparo,sustituyéndola una dulce expresión de consuelo.

—¡Ah! exclamó: ¡Quiere usted reemplazar a los padres que he perdido!

Y aunque procuró dominar su conmoción, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Yo gozaba, no sabré deciros qué placer; pero me sentía feliz y joven, ypoderoso: me sentía engrandecido.

—Sí, la dije, mientras ella callaba, con la vista inclinada, lasmejillas encendidas, sobresaltada: quiero que no vuelvas al taller.

—¿Y qué he de hacer? me dijo. ¿Gravar a usted? ¿vivir en el ocio? No,no podría.

—Quiero que entres en un colegio.

—¿Y para qué? No: eso no puede ser. Yo no acepto la adopción de usted.

—Ya te he dicho que estoy resuelto a no casarme jamás. Aunque soyjoven, mi corazón está ya gastado; es muy viejo. Nada espera, nadadesea.

—¡Oh! ¡no me diga usted eso! ¡no quiero creerlo! ¡una vida así debe serhorrible!

—¡Horrible, sí! ¡muy horrible! por lo mismo es necesario que un deberme ligue al mundo; a la vida: representa tú ese deber.

—Bien; me dijo, mirándome con una expresión que no pude comprender,acepto, seré su hija adoptiva de usted... pero en un convento.

—¡En un convento! ¡monja tú!

—Sí; una vez monja, mi porvenir está asegurado.

—Pero tú, que empiezas ahora a vivir... ¡renunciar de tal modo a laesperanza!

—Es lo único que aceptaré de usted, un dote reducido, cuanto baste...

—No.

—Pues no hablemos más de ello.

Y se levantó.

—¿Te vas ya? la dije.

—Sí, señor; no quiero pasar mucho tiempo fuera de casa.

—Pero ¿volverás?

—Acaso no.

—¿Y por qué?

—¡Oh! ¡me ha hecho usted sufrir! adiós.

—Espera. No quiero obligarte a que vuelvas; pero por si no nos volvemosa ver, acepta esta memoria mía.

Y tomé de sobre la repisa de la chimenea el estuche que contenía la cruzque había comprado para ella el día anterior, y se lo di.

—¿Y qué es esto? me dijo abriéndolo; ¡ah! ¡una cruz! la conservaré, laconservaré siempre en memoria de usted.

Y aprovechando el estupor que había causado en mí el extraño aspecto, laprofunda conmoción que noté en ella, al expresarme su deseo de sermonja, escapó.

Cuando quise detenerla sonó el golpe de una puerta que se cerraba, yluego sentí que bajaba rápidamente las escaleras.

Abrí el balcón, y la vi alejarse por la acera opuesta en paso lento ycon la cabeza baja.

Mustafá la seguía cabizbajo también.

—Ella volverá, me dije: y cuando menos, la señora Adela vendrá por suasignación a fin de mes.

Había en mi corazón algo que me hacía desear volverla a ver; y sinembargo aquel no sé qué vago, dulce íntimo, estaba muy lejos de seramor.

Y era más que caridad.

O yo no comprendía la caridad, y me engañaba.

O yo no comprendía el amor; y me engañaba también.

Esto quería decir, que respecto a ciertas sensaciones, mi corazón erainocente, o mejor dicho, estaba virgen.

Lo que sí puedo deciros es: que el recuerdo de Amparo se fijó en mipensamiento, fresco, puro, consolador, lleno de encantos y de consuelos.

Si es verdad que estoy loco, mi locura empezó el día que almorcé conella.

El no verla me tenía de muy mal humor.

La esperaba.

Sin embargo, Amparo no venía.

Pasó el tiempo, y llegó el último día del mes.

Yo esperaba que la señora Adela sería puntual, y no me engañé.

Se me presentó más pobremente vestida que lo que yo esperaba, y sinsaludarme ni sentarse me dijo:

—Vengo a...

—Sí, por la asignación de Amparo, la interrumpí.

—Eso es.

Abrí mi cartera y la di un billete de quinientos reales.

—No puedo devolver a usted lo que sobra, me dijo.

—Lo mismo es, la contesté.

—¡Ah! ¡es usted muy generoso! Gracias en su nombre; que usted lo pasebien.

Y se iba.

—Espere usted, la dije: tenemos que hablar.

—¡Ah! ¡tenemos que hablar! ¿va usted comprendiendo que es hermosa,demasiado hermosa, para mantenerse respecto a ella en los inflexibleslímites de la caridad?

—No se trata de eso.

—Pues no comprendo entonces...

—¿Qué sabe usted acerca del origen de esa niña?

—¡Bah! ¿y qué le importa a usted? A no ser que...

Y aquella mujer me miró con un recelo hostil.

—¡Sería gracioso que quisiera usted casarse con una muchachuela! añadiócon sarcasmo.

—Tampoco se trata de eso; pero si usted tuviera algún antecedente...ayundándome usted y gastando cuanto fuese necesario, acaso lograríamosencontrar a sus padres.

—¿Y para qué quiere más padres que usted?

Necesité hacer un esfuerzo para contener la cólera que me causaba lafría insolencia de aquella mujer.

—En último resultado, la dije, ¿se niega usted a indicarme?...

—Nada sé; la recogí. Ignoro quién era; pero debe ser hija de buenospadres: las ropas que la envolvían eran ricas; llevaba, además, unmagnífico medallón guarnecido de brillantes, y entre la faja un papelque decía:—«Está bautizada, y se llama...» he olvidado el nombre; elque tiene ahora se lo pusieron en la confirmación.

—Es extraño que haya usted olvidado su nombre; ¿pero aún queda elmedallón?

—No por cierto; le vendí: era necesario criarla... yo era pobre.

—¿Pero no recuerda usted lo que el medallón contenía?

—Sí por cierto: un retrato de mujer.

—¿Y las señas de esa mujer?

—Las mismas de Amparo: alguna más edad; pero tan hermosa como ella; unparecido exacto... Y es lástima que ese retrato se haya extraviado,porque era una prueba indudable... pero a bien que el retrato existe enAmparo... en engordando la muchacha un poco más... el mejor díaencuentra a sus padres en la calle.

Todas estas contestaciones habían sido pronunciadas con una intenciónmaligna; comprendí que existía un misterio terrible entre aquella mujery la pobre Amparo, y no insistí.

La dejé ir.

Había concebido el pensamiento de apelar a la ley para poner en claro laprocedencia de Amparo.

Y como si hubiese comprendido mi pensamiento, aquella mujer me arrojó alsalir una insolente mirada de desafío.

Aquel mismo día fui a consultar a uno de los abogados de más fama.

Me escuchó con atención, y cuando hube concluido, me dijo:

—No veo el medio de arrancar a esa mujer su secreto: el tormento estáabolido hace muchos años; por consecuencia, si esa mujer tiene un graninterés en ocultar la procedencia de la protegida de usted, nadaconfesará. Queda sin embargo un medio.

—¿Cuál?

—El dinero. Pagarle su secreto al precio que pida.

Di las gracias al abogado por su luminoso consejo; le pagué la consultay salí.

Pasó un mes.

En vano esperé a Amparo.

La Adela se me presentó de nuevo.

La pregunté por ella.

—¡Ah! está desconocida, me dijo; ha engordado. ¡Ya se ve! la cuidobien, o por mejor decir, la cuidamos bien. La enviaré por acá.

—Ponga usted precio a su secreto, la dije desentendiéndome de suobservación, y entrando de lleno en mi objeto.

—Es usted muy joven, me dijo, para que pueda haber perdido una hija dela edad de Amparo; sin embargo, pudiera ser que algún amigo hubiera austed encargado le buscase una niña perdida.

Y la Adela me miraba de una manera fija, escudriñadora.

—¿Se obstina usted en no confiarme?... la dije.

—Nada sé respecto a ella, me contestó.

Acabé de convencerme de que nada recabaría de aquella mujer; la didinero; la encargué dijese a Amparo que deseaba verla, y la despedí.

A los pocos días, y cuando acababa de levantarme, me sorprendió unfuerte campanillazo a la puerta.

Abrió Mauricio; sentí pasos apresurados, y poco después se precipitó enmi gabinete Amparo.

Mustafá la seguía cojeando.

Amparo se asió a mí, y me miró pálida, aterrada, anhelante. Mustafágruñía dolorosamente.

Venía Amparo en el mayor desorden: deshecho el peinado; una de sus manosenvuelta en un pañuelo.

Durante algún tiempo nada me dijo; ni yo, sorprendido, acerté a decirlanada: luego pareció como que despertaba de un sueño, de una horriblepesadilla, y exclamó con un acento ardiente y lleno de ansiedad:

—¡Ah! ¡Gracias a Dios!

Y se separó de mí, se dejó caer en un sillón, se cubrió el rostro conlas manos y rompió a llorar.

Mustafá se acercó a ella cojeando; se sentó, me miró, y siguió con susdolientes gruñidos.

Sospeché no sé qué horrible cosa, y me aterré.

—¿Pero qué sucede? la pregunté alentando apenas.

—Sucede, contestó Amparo, mirándome al través de sus lágrimas, que esainfame mujer ha querido hacerme infeliz.

No pude contestarla: sentí que toda mi sangre se reconcentraba a micorazón.

—Pero afortunadamente, continuó Amparo, Mustafá me ha salvado,acometiendo a aquel hombre, y dándome tiempo para escapar; es verdad queel pobre ha sufrido un horrible bastonazo, y que yo he salido del lanceherida...

—¡Herida! exclamé.

—Sí; ¡el horrible viejo me seguía! las escaleras son estrechas yempinadas; caí, di con la cabeza en la barandilla, y casi me he

roto unamano; pero al fin estoy aquí; aquí, con usted que me defenderá.

No la pregunté más.

¿Y para qué?

Todo estaba explicado.

Envié a Mauricio por un facultativo que se encargó de la curación deAmparo y de Mustafá.

La herida de la cabeza de la niña, era leve, pero profunda y grave la dela mano.

Mustafá tenía casi roto un hueso.

Amparo se vio obligada a quedarse en casa.

Dos horas después, cuando estuvo más tranquila, la dije:

—No puedes volver a vivir con esa infame.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡no! ¡imposible!

—No puedes vivir tampoco conmigo.

—No, no; de ningún modo.

—Tampoco puedes vivir sola.

—¡Dios mío! ¿y qué hacer?

Y después de algunos instantes de triste silencio, añadió:

—¡El convento! ¡es preciso! ¡preciso de todo punto!

—No te daré el dote.

—Me pondré a servir.

—Y sirviendo, estarás expuesta a cada paso, a peligros como el de quehas escapado milagrosamente hoy.

—¿Pero por qué cerrarme el refugio del claustro? exclamó llorando.

—Si has de agitarte de ese modo, te dejo sola: agitándote,afligiéndote, puedes empeorar, tienes calentura, y sólo te he habladoporque estás en la casa de un soltero, porque es necesario evitar lasinterpretaciones. He pensado en que el padre Ambrosio podría adoptarte,ya que te repugna mi adopción.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! exclamó.

—Pero es necesario que no seas gravosa al padre Ambrosio.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡otra dificultad!

—La dificultad está salvada. Entra en un colegio.

Quedose Amparo pensativa, y al cabo me dijo:

—Mande usted llamar de mi parte al padre Ambrosio.

Me dio las señas de la habitación del religioso, y Mauricio fue abuscarle.

Media hora después, un hombre alto, delgado, pálido, como de sesentaaños muy modestamente vestido con ropas que demostraban un antiguo ycontinuo trato con el cepillo, entró lleno de ansiedad.

Era uno de esos hombres que llevan el corazón en la cara.

Un corazón todo sentimiento, todo dulzura, todo abnegación, todocaridad.

Y en los ojos, la mirada inteligente y serena.

Y en la frente, la severidad y la majestad de la virtud, la concienciade sí misma.

Me saludó con encogimiento, y me estrechó la mano con efusión.

—Le conozco a usted, me dijo con la voz trémula; le conozco a ustedmucho, aunque nunca le he visto hasta ahora.

—Yo también le conozco a usted, le contesté, encantado por lo simpáticode su mirada, de su espontaneidad, de su palabra.

Estrechó entre sus dos manos la mía, y sin disimular su impaciencia, medijo:

—¿Dónde está?

Le señalé la alcoba, y los dejé en libertad de hablar.

La conferencia fue larga, al fin el padre Ambrosio salió profundamenteconmovido y me llegó la vez de demostrar mi impaciencia.

—¿Acepta? le pregunté.

Se sentó en un sillón, sacó una caja de pasta negra, me ofreció unpolvo, tomó otro, y me dijo:

—Nos encontramos en una situación sobre manera extraña: una joven,embellecida por Dios con cuantas virtudes pueden hacer respetable a unacriatura, sola, pobre, desventurada, se encuentra entre nosotros dos;puesta primero, bajo la protección espiritual de un pobre exclaustrado,y amparada después, de una manera noble, desinteresada admirable, por unjoven rico, viciado en el gran mundo, casi impío, pero que tiene unexcelente corazón. Pero he dicho mal: nuestra situación no es extraña.¡Nos ha reunido la Providencia de Dios!

—En efecto; en el conocimiento de nosotros tres, hay mucho deprovidencial, le dije, más por ser cortés con el buen exclaustrado, queporque yo creyese en la Providencia. Ya he dicho antes que en aquellaépoca era yo impío.

—¡Pues ya lo creo! dijo con el entusiasmo de un poeta el padreAmbrosio; mi vida era triste, llena de sufrimientos, llena de recuerdos,combatida por pasiones que había exacerbado la desgracia, y... si hacediez años, no hubiera encontrado a mi paso a esa niña que se arrastrabasobre sus manecitas en los corredores de la casa de vecindad donde mehabía llevado a vivir mi pobreza... Yo lo había perdido todo; parientes,amigos, afectos, hasta la paz de mi celda, de la cual me arrojaron lasnecesidades de la nación... la planta marchita y enferma que vegetasobre un terreno ingrato, siente con delicia, y parece reanimarse alsoplo de las auras de la mañana. Yo, muy semejante a una planta enferma,sentí una impresión de consuelo un día que, sentado al sol en la puertade mi tabuco, sentí junto a mí, apoyando sus manecitas en mis rodillas,y sonriéndose (Dios me perdone) como deben sonreír los ángeles, una niñacomo de cuatro a cinco años.—Era Amparo.—Necesitaba afectos, y mi almase volvió a aquella existencia pura, a aquella niña que estaba muypobremente vestida, enflaquecida por el hambre. Supe que no teníapadres, que estaba en poder de una mujer de la misma vecindad, que lahabía encontrado en la calle. Y aquel desamparo en la infancia, aquellamiseria en un ser tan débil, me hicieron concebir el mismo pensamientoque usted concibió cuando la encontró en medio de la noche recogiendotrapos. He hecho... cuanto he podido... en cambio, ella me ha dadoacaso, la salvación de mi alma, porque estaba desesperado... y Amparo hasido para mí un amparo de Dios, porque me ha obligado a amarla: porqueamándola, he llenado mi corazón con un afecto, y

he podido consolarme yesperar con resignación el fin de mi jornada.

—Creo que Amparo ha ejercido sobre mí una influencia muy semejante a laque ha ejercido sobre usted.

—¡Oh! ¡sí! me ha bastado con lo que Amparo me ha dicho de usted, y converle después una sola vez, para comprenderle: tiene usted el almavirgen, sedienta, cansada de un mundo donde no vive bien: hastiada detodo, escéptica, porque ha perdido la esperanza, y ha encontrado usteden Amparo algo de lo que buscaba y no había podido encontrar. ¡Lo haencontrado usted de noche, recogiendo los despojos del lujo y de lamiseria, teniendo por único amigo un perro, por único amparo Dios! Yporque tiene usted el alma virgen y llena de entusiasmo y desentimiento, ha hecho usted lo que nadie hubiera hecho; y porque Diosquiere que crea usted en él, le ha presentado a usted de la manera másbella, el dulce consuelo de la expansión de la caridad.

—¿Que Dios quiere que crea en él? dije moviendo tristemente la cabeza,quisiera creer; envidio a los que creen. Y ya que como usted dice nos hareunido la Providencia, sea usted mi misionero en buena hora. Le prometoescucharle y...

—No seré yo quien haga a usted creer en Dios, me dijo solemnemente elpadre Ambrosio, será ¡ella!

—¡Oh! ¡acaso! El afecto que me inspira es profundo. Pero dejando elterreno en que nos hemos metido, y en el cual tendremos lugar de volvera entrar, porque nuestro conocimiento será largo y nuestro tratofrecuente, vengamos a la situación del momento. Mis proyectos respecto aAmparo, se reducen a arrancarla legalmente del dominio de esa mujer; yohabía

pensado adoptarla, pero soy demasiado joven y me ha parecido mejorque la adopte usted legalmente.

—¡Oh! ¡sí! después de lo que ha acontecido hoy a esa infeliz, yo lahubiera adoptado de todos modos.

—Después quiero perfeccionar su educación, poniéndola a nivel de lasjóvenes de nuestro gran mundo; casarla luego de una manera brillante abeneficio de un magnífico dote...

—Dejemos obrar a la Providencia, me interrumpió el exclaustrado; yo laadopto y acepto para ahora la protección de usted; y puesto que ustedrechaza, como rechazo yo, la idea del claustro, que se la había metidode una manera tenaz en la cabeza, entré en buen hora en un colegio:afortunadamente soy confesor de un matrimonio muy digno; él es unantiguo y honrado cobachuelista; ella, antes de casarse, fue maestra deniñas en una ciudad de provincia, y hace algunos años, después decasada, tiene en Madrid un colegio de señoritas, que poco a poco ha idodesarrollándose y que es al fin uno de los más favorecidos. Esta es cosaconcluida, aceptada. Ella lo resistía; pero yo que pienso que el mejoruso que puede hacer un hombre de su fortuna es favorecer a sussemejantes, la he convencido.

—Pues en ese caso, le dije, voy a principiar desde este momento.

El padre Ambrosio se quedó en casa, autorizando en ella la presencia deAmparo y yo, después de informarme por ella de la habitación de laAdela, me fui a buscar al comisario de policía de su distrito.

Después de algunas soeces equivocaciones de este funcionario, respecto ami interés por Amparo, a quien no se por qué, conocía, entré de lleno enla exposición del objeto que me llevaba por primera vez a tratar contales gentes.

Quería yo evitar de todo punto un ruidoso procedimiento judicial, paraarrancar a Amparo del dominio de aquella malvada, y cuando el comisariome hubo escuchado, me dijo:

—Pues es muy sencillo de hacer lo que usted desea; pero no deja de sercomprometido.

—Comprendo; ¿se trata?...

—De un abuso de autoridad.

—Pero cuando se abusa de la autoridad para el bien...

—Se puede ir a presidio lo mismo que cuando se abusa para el mal.

—Ya sabe usted mi nombre...

—Sí, sí señor: sé que la influencia de usted basta para sacarme de unatolladero... sin embargo...

—Sé que deben recompensarse estos servicios, añadí sacando algunosbilletes y poniéndolos sobre la mesa bajo mi mano.

—¿Es urgente la resolución de ese negocio? me dijo el comisario.

—Urgentísima.

—Entonces haga usted que ese exclaustrado, ese padre Ambrosio, venga averme al momento, y descuide usted; es asunto de dos horas; una renunciade la adopción de *la Adela* sobre *la Amparo*; la adopción en forma de*ese fraile*; un testimonio de escribano, y... santas pascuas. Si laAdela resiste,

con arreglo a la queja de usted, la llevo a laGalera[**], y doy parte al gobernador. Pero no resistirá, yo se loaseguro a usted; sé perfectamente cómo se hacen estas cosas: cuando seha dado un paso en vago como el que ha dado esa mujer... cuando estáofendida la moral pública...

[** Prisión de mujeres en Madrid. Nota para los que noconozcan la villa y corte.]

—Bien, bien; ¿quedamos convenidos?

—Sí, señor. Envíeme usted *el fraile*.

—Le enviaré al momento. Adiós.

—Servidor de usted, caballero.

Salí dejando sobre la mesa del comisario algunos billetes de banco.

No sé como el bueno del funcionario arregló el negocio, pero elresultado fue que la Adela renunció por ante escribano a todo dominiosobre Amparo, y el padre Ambrosio la adoptó con todas las formalidadesprescritas por las leyes.

Todo aquello se hizo en muy pocas horas.

Amparo no pasó la noche en mi casa.

Se la había trasladado en un coche, previo dictamen del facultativo, alcolegio de que era directora doña Gregoria de... hija de confesión delpadre Ambrosio.

Me olvidaba decir que Mustafá había ingresado también en el colegio.

Di orden a mi administrador general de que pagase a doña Gregoria milreales mensuales por la pensión de Amparo, y aquel asunto quedó para míenteramente concluido.

La casualidad, según yo, o la Providencia Divina, según el padreAmbrosio, habían arrojado delante de mí un gran infortunio. Yo habíacumplido con mi deber, según mis convicciones, y estaba tranquilo.

Pero una vez satisfecho este deber, una vez pasada la novedad de miaventura, comprendí que Amparo no era bastante para arrancarme delhastío; para reconciliarme con la vida.

Esta decepción de mi esperanza me fue sumamente dolorosa.

Amparo era para mí una obligación contraída que ningún sacrificio mecostaba, porque yo era muy rico.

No me había inspirado amor, sino caridad.

La caridad estaba satisfecha, y había desaparecido el encanto.

Es cierto que yo sentía hacia ella un afecto profundo; que me interesabasu porvenir... pero su porvenir estaba asegurado. Por otra parte, yo notenía herederos forzosos; mis padres habían muerto cuando era muy joven,y podía nombrar a Amparo mi heredera universal.

Ninguna dificultad, ningún interés representaba Amparo que me ligase ala vida.

Me había galvanizado por un momento, haciéndome sentir, a mí, cadáverambulante.

Volvió mi tedio.

Sin embargo, fui a verla todos los días mientras duró su enfermedad,luego algunas veces a la semana...

Amparo se mostraba silenciosa, retraída, como cohartada, delante de mí.

Yo veía en aquel encogimiento, orgullo, altivez, pesar de verse obligadaa aceptar mis beneficios.

Esto me disgustaba.

Llegó un día en que creí que había sido un imbécil; que había ido,respecto a Amparo, más allá de donde debía.

Hasta llegué a creer que el padre Ambrosio era un hipócrita, y doñaGregoria una mujer interesada.

Cuando un hombre llega a disgustarse de la vida; cuando rompe el vínculode afectos que le unen a la sociedad; cuando, en fin, llega a dudar detodo, o por mejor decir a no creer en nada... cuando se haceexcéptico...

Un excéptico es la calumnia viviente.

Un excéptico es con suma facilidad malvado.

. . . . . .

Dejé de ver a Amparo.

Y, sin embargo, el recuerdo de Amparo estaba fijo, siempre fijo en mialma.

Es que halago un sueño, decía yo.

Y el sueño, o Amparo, se hacían más persistentes en mi pensamiento.

Por entonces, mi tío el duque de... me llamó al pueblo, a donde, cansadocomo yo de todo, se había retirado.

Fui y vi con asombro, que mi tío había tenido la fortuna de lograrcrearse una familia *sui generis* con sus perros, sus patos, sus conejosy sus gallinas.

Entraban en esta familia, las flores del jardín, y las legumbres de lahuerta.

Envidié con todo mi corazón a mi tío.

—Te he llamado, me dijo, para un asunto de interés: cuando digo que esde interés el asunto, claro está que a quien interesa es a ti, porque amí ya no me interesa nada.

—¡Oh! ¡sí por cierto! los perros, los patos, las gallinas.

—Tengo poder bastante para hacer completamente feliz la vida de esosanimales: ellos por su parte me pagan cumplidamente, siendo miscortesanos, y casi amándome: estoy seguro de que uno solo de mis perrosme sea ingrato, y de que uno de mis conejos pretenda robarme oengañarme: las flores me recompensan de mis cuidados por ellas, dándomesu fragancia y sus colores; y... en fin... y hablando formalmente,repito que nada me interesa en el mundo más que tú, que no me necesitas;y si no creyera en Dios y le temiera, hace mucho tiempo que... pero nohablemos de eso. El asunto que te interesa, consiste en que me suscitandificultades a la posesión del mayorazgo que tengo en Italia.

—¿Y qué le importa a usted?

—¡A mí! ¿pues no me ha de importar? ¿no eres tú mi heredero? ¿No sabesque la fuerza de mis rentas está en Italia?

—Y bien, ¿qué quiere usted?

—Que vayas allá a ayudar con buenos patacones nuestro derecho, que detodo hay necesidad: te daré un poder en forma, y... estás delgado,pálido, hijo mío; vete a la hermosa Nápoles; enamora, gasta, distráete;temo que te me mueras como se me murió mi hermano... y mi temor es muynatural. ¡Diablo! eres lo único que queda de mi familia...

—Iré a Nápoles, tío.

—Pues bien: hablemos ahora cuanto quieras, de mis patos, mis gallinas,mis conejos, mis perros y mis flores.

Ocho días después, me despedí de mi tío y me puse en camino para Italia.

Llegué, vi y vencí.

Es decir, vi a los jueces, y reforcé mi derecho, o, por mejor decir, elderecho de mi tío, con tales razones, que quedaron allanadas todas lasdificultades que se habían levantado contra su pacífica posesión de losbienes que tenía en Italia.

Escribí a mi tío, participándole el buen resultado del negocio, ymanifestándole que, no teniendo nada que hacer en España, iba acompletar mis viajes yendo a Oriente.

Mi tío me contestó enviándome libramientos por valor de algunos miles deduros, para que pudiese hacer el viaje como correspondía *a mi clase*.

Me llevé conmigo a Mauricio, y...

Aquí vendría bien una descripción detallada de lo que vi... pero yo nohacía mi viaje para instruirme, sino para distraerme, y no tomé un soloapunte, ni hice una sola pregunta.

Me contentaba con ver, y el misterio de lo desconocido que siempre teníaante los ojos, me distraía.

Sin recibir una sola carta de Europa, sin escribir, sin leer un soloperiódico europeo, estuve viajando por Oriente durante cuatro años,vistiendo, comiendo y viviendo como los naturales del país en que meencontraba, y permaneciendo en un lugar hasta que me cansaba de él.

Y hubiera andado errante, sabe Dios cuanto tiempo, si no me hubieraquedado solo.

Mauricio, el pobre Mauricio, me había abandonado.

Y bien contra su voluntad por cierto.

La bala de la espingarda de un griego de Missolongi, le había servido demedio para su último viaje.

Para su viaje a la eternidad.

¡Ya se ve! el bueno de Mauricio había conocido por una extrañacasualidad a una hija del tal griego, que tenía los ojos más negros ymás habladores del mundo, y, sin duda, por casualidad había encontradotambién el medio de introducirse de noche en los jardines del griego.

La casualidad hizo también que el padre se apercibiese de los amores desu hija con un extranjero, y... ya os lo he dicho: una bala fue ahospedarse en la cabeza de mi doméstico, que puesto en la calle por sumatador, apenas tuvo tiempo para declarar... que después de haberleherido... el padre había extrangulado a su hija.

Este drama me impresionó fuertemente, y escapé.

Sin detenerme un solo día, sin pararme en ninguna parte, me trasladé aParís.

Esta población era para mí muy familiar, tenía en ella multitud deamigos y toda clase de medios para pasar la vida al galope por medio deplaceres.

Pero era el caso que los placeres no existían para mí.

O por mejor decir, yo no existía para los placeres.

¡Me hastiaba todo!

La amistad me daba risa. El amor asco.

Todos los hombres me parecían malos cómicos, que charlaban un papelaprendido de memoria.

En cuanto a las mujeres... ¡las mujeres! las miraba con odio.

«He allí, me decía, esa eterna mentira engalanada, que en todas partesríe, que a todas partes lleva su hediondo misterio. He allí ese ser quese venga del hombre, extraviándole y degradándole, de la degradanteposición del débil, a que el egoísmo del hombre le ha relegado. Ved lacorrupción arrastrándose por los salones, coronada de rosas.»

Yo era indudablemente injusto.

¿Pero qué desgraciado no lo es?

Yo había nacido para amar, y del amor sólo había encontrado la fórmula,la frase.

Pero la realización, el hecho, tenía para mí el encanto de lodesconocido, de lo imposible.

El amor para mí no era otra cosa que un sentimiento mitho.

Hijo como todos los mithos, del entusiasmo, del sueño, en una palabra,de la poesía.

El amor para mí era un idilio irrealizable.

Las mujeres que hablaban de amor me irritaban: parecíanme losprofanadores del templo que iban a vender a él sus mercancías.

Amparo solía surgir de tiempo en tiempo, como una excepción entre elembrollado caos de mi escéptico pensamiento.

Amparo, con toda su poesía, embellecida por su abandono, grata para mí,por la protección que la dispensaba.

Pero ¿acaso mi escepticismo no había alcanzado también a ella?

¿Acaso no la había creído una muchachuela picardeada en una casa devecindad y amaestrada por un fraile hipócrita?

¿Acaso no había huido de ella como quien huye de un peligro?

Porque debo confesar, que desde el día en que almorzó conmigo, comprendícon terror que Amparo podría arrastrarme a un amor nuevo, desconocidopara mí; y tanto más terrible, cuanto más accesible al amor estaba mialma.

No la había olvidado un solo momento: vivía dentro de mí, no podrédeciros cómo; era una idea vaga, íntima, que se había asimilado a mimanera de ser, a la que me había acostumbrado, que me acompañabasiempre, que vivía conmigo.

Pero indeterminada, misteriosa, monótona, muda con el mudismo de loincomprendido, como una de esas inscripciones cuneiformes que losfilólogos más profundos se esfuerzan en vano por descifrar.

¿Qué representaba Amparo para mí?

Un ser débil, o una estafadora que me explotaba a título de caridad.

La duda es una cosa horrible.

Cuando la duda se convierte en una idea fija... cuando queréis aclararesa duda y no podéis... cuando el ser que esa duda os inspira ha logradoconvertirse en la asimilación de vuestro deseo... cuando se haconstituido en vuestro recuerdo... ¡oh! esa duda... esa duda es lamuerte de vuestra razón... esa duda os trae a una jaula de locos...

Pero yo no dudo, no; ¡Dios mío! ¡yo no puedo dudar de ella! si dudo...no es de su virtud... no... no es de su pureza... dudaba... peroahora... ahora, mi duda y mi locura es otra... yo pienso que Amparo noha existido... yo pienso que Amparo sólo ha sido para mí un hermososueño de primavera... yo pienso que ha sido un fantasma soñado por mideseo.

. . . . . .

He pasado muchos días, sin escribir en mis memorias.

O, mejor dicho: hoy, antes de quedarme solo, cuando pensaba haberdespertado de uno de esos sueños densos, en que nada se siente; sueño detinieblas en que nada se ve; sueño que es la negación de la existencia ydel que se despierta, antes de acabarse de dormir, espeluznados,estremecidos, fríos como si se hubiera sentido el contacto de la manode la muerte; cuando sólo creí, repito, despertar de un sueño horrible,me han dicho que he estado un mes delirando, furioso, nombrando aAmparo, amenazándola, apostrofándola, insultándola, prodigándola losepítetos más degradantes.

Yo no recuerdo nada de esto.

Me he mirado al espejo y he visto...

¡Oh! el aspecto de mi miseria me ha hecho llorar.

Mi llanto ha sido una elegía muda a mi destrucción.

Porque yo soy una ruina.

El espejo, que no miente, me lo ha dicho.

Y luego, hay en mis ojos una cosa que me espanta; algo de fuegorecóndito allá lejos, muy lejos, en la inmensidad, en lo infinito,dentro del foco de mi mirada.

Mis cabellos están blancos y rígidos, mi piel árida y arrugada, mi bocacontraída.

Y luego estoy flaco, muy flaco.

Debajo de mi piel, que me viene muy ancha, se pueden contar misligamentos y mis arterias.

¡Ah! sin duda estoy loco... ¡loco!

¡Bah! no hay que afligirse por eso.

Yo creo que el mundo no es otra cosa que un gran hospital de locos quese comprenden y que se despedazan, comprendiéndose, y que sólo seencierran en hospitales más pequeños a los locos a quienes no comprendenadie... o acaso, acaso, llame el mundo locos a los que tienen razón.

La verdad es que yo veo continuamente hombres que se creen muy cuerdos ya mí me parecen los más rematados.

Me causan risa y lástima.

. . . . . .

No me acuerdo de lo que he hecho o dicho durante ese mes.

Sí, indudablemente ha pasado un mes, sin que yo le sienta pasar.

Ayer el rosal que tengo en mi ventana, estaba cubierto de rosas; hoy lasrosas están muertas, deshojadas... sólo las queda el pétalo negro yseco.

Ayer me trajeron un nido de ruiseñores.

Estaban triponcillos y desnudos; tenían hambre, y abrían, piando encoro, unas desmesuradas bocas amarillas: hoy están enteramente cubiertosde su plumaje pardo, saltan en la jaula, y ensayan sus primeros trinos.

Ayer mi cuadrante marcaba el mediodía natural a las doce y tres minutosy hoy le marca a las doce y treinta y tres.

Ha pasado un mes en que no he vivido.

Un mes, en que el no ser me ha envejecido veinte años.

Ayer aún era joven: hoy soy ya anciano.

. . . . . .

¡Ah! ya me acuerdo... ya comprendo.

Vivo yo en un pequeño aposento; en este aposento hay algunos muebles muysencillos.

En este aposento hay una reja que da sobre un jardín... sobre unpobrecillo jardín descuidado, en que las malvas locas se extiendenlibremente, y que es mi pequeño mundo.

Hay además una puerta muy fuerte, que tiene una rejilla muy espesa.

Esta puerta da a un pasadizo oscuro, por donde entran, como por unacerbatana, gritos estridentes, alaridos, bramidos, imprecaciones,carcajadas, cantares, ruidos; son de cadenas que se arrastran,chasquidos de puertas que se cierran, una tempestad continua de sonidosdiscordantes, secos, desentonados, agudos, horribles; algunas veces, denoche, muy tarde, suele avanzar, jadeante y cansado, por decirlo así, uncanto triste, dulce, suspirante, siempre el mismo, cuyas palabras, nose entienden, pero cuyo sentimiento se adivina; canto con el que vuelapor la estrecha crujía, apagándose, perdiéndose, gastándose al rozar lasparedes, el alma de un ser que llora cantando: suave oleada que seescapa de un océano de sentimiento, y que acaricia mi alma y laconsuela.

He preguntado de qué cuerpo se exhalaba aquella alma, y me han dicho:

—Es una pobre mujer que ha perdido a su esposo y a su hija, y se havuelto loca.

Yo amo a esa loca.

Quisiera saber su historia.

He ofrecido dinero, todo el que quiera, al que me traiga la historia deesa loca, y ha sido en vano.

La infeliz ha concentrado, ha sintetizado, ha simbolizado su historia enesa melodía inventada por ella; en ese eterno canto sin palabras... y nosabe más.

No pudiendo conocer su historia, quise conocerla a ella.

Ofrecí, compré la realización de mi deseo, y me sacaron de mi tumba,para llevarme a otra tumba... más pequeña, más oscura, más horrible.

Allí, replegada en un rincón, medio desnuda, temblando de frío, habíauna mujer.

Una joven con los cabellos canos...

Una ruina como yo...

Sin embargo, mis ojos vieron su hermosura... aquella mujer debió tenerlos cabellos negros y brillantes, y los ojos negros y llenos del fuegodel amor.

La miré, me miró, se arrancó de su rincón, y se vino a asir los hierrosde su jaula.

Me contempló con fijeza, se sonrió, y me dijo:

¡Tú también!

Y luego se volvió a su rincón, y entonó su eterna melodía.

Y entonces, cerca de mí, a mis espaldas, me estremeció una voz de mujer.

Aquella voz había pronunciado, conmovida y trémula, una palabra deconmiseración para la pobre loca.

Aquella voz me hizo temblar; me volví y vi delante de mí una mujer, unviejo y un niño.

Y la mujer... ¡oh Dios mío! la mujer lanzó al verme un grito horrible, yyo... yo... hace un momento que despierto... hace un momento querecuerdo...

¡Era ella!... ¡Amparo!... ¡viva!... ¡al lado de otro hombre!... ¡delantede mí!...

¡Oh! ¡es imposible! ¡imposible de todo punto! ¡mi razón perturbada porla vista de aquella loca infeliz!...

Pero el acento de aquella mujer, reposado, grave, sonoro...

Y sus ojos, y su frente, y sus cabellos...

Y su terror al verme...

¡Oh! ¡no! ¡no puede ser! un acento parecido... un terror natural enella... porque yo, al escuchar aquel acento, me volví amenazador,terrible, a la persona que lo había producido...

No, no podía ser Amparo.

Los muertos no se levantan de su tumba.

Indudablemente no era ella, como no es ella ese blanco fantasma que veoalgunas veces durante mi delirio de pie e inmóvil junto a mi lecho.

Acabé de fastidiarme en París.

Más aún, empecé a sentir un deseo punzante de ver a Amparo.

Como estaba acostumbrado a hacer mi voluntad, apenas el deseo de verlase me hizo exigente; me puse en camino.

Llegué a Madrid, y como había alentado una ilusión acaso para entretenermi hastío, y esta ilusión era la atmósfera en que vivía, sin tomarme mástiempo que el necesario para lavarme y mudar de traje me presenté en elcolegio.

Salió a abrirme una persona desconocida, que me miró con extrañeza.

—¿Doña Gregoria...? dije.

—No vive aquí, me contestó la criada y me dio con la puerta en lasnarices.

¡No vivía allí! sin embargo, yo no me había equivocado; era la mismacasa.

Salí dudando, y miré a los balcones del cuarto principal.

Allí estaba la muestra, la antigua muestra del colegio, una Minervacoronando a una niña.

Sin embargo, allí no vivía doña Gregoria.

El acento con que la criada me había contestado, demostraba claramenteque no la conocía.

Acaso había dejado la enseñanza y traspasado el colegio; ¿quién sabe?

Volví a subir la escalera y llamé.

Se abrió la puerta y... un perro viejo, lanudo, Mustafá, en una palabra,se abalanzó a mí, loco de alegría, ladrando, ahullando,

gruñendo,saltando... había encontrado al fin un amigo... había encontrado aAmparo.

Sin hablar ni una palabra a la criada que me miraba con asombro, seguí aMustafá que en medio de sus caricias se dirigía hacia el interior.

En aquel momento escuché el preludio de un piano.

¿Qué había de misterioso en aquel sonido que penetraba en mi alma, queme traía algo del alma de Amparo?

Porque yo no dudaba de que ella era la que producía aquel sonido...

Hay, sin disputa, en nosotros, un sentido íntimo, una intuiciónpoderosa, sabia, que nunca se engaña, que nos habla continuamente, quenos avisa, que nos dirige, que nos ilumina, que es la inspiración delpoeta, el fuego del entusiasmo, la adivinación, y al mismo tiempo larazón, la percepción de que no está al alcance de nuestros sentidos.

Y esta intuición, este fenómeno de nuestro ser, no comprendido aún, medecía:

«Ella es la que produce esa armonía sentida, dulce, lánguida; esaarmonía que gime; esa exhalación; de un alma que sufre y llora como sólopuede sufrir y llorar Amparo, de una manera dulce, resignada, poética:esa es su alma trasmitida por sus dedos a las cuerdas de uninstrumento.»

Y contuve con un ademán a la criada que iba a anunciarme, y con unacaricia acallé las ruidosas manifestaciones de alegría de Mustafá.

La criada permaneció inmóvil y admirada en el lugar en que seencontraba, y Mustafá, como si me hubiera comprendido,

calló y seencaminó a la puerta de la sala, en la cual se sentó, dirigiendoalternativamente sus miradas a la persona que había dentro y a mí.

El piano continuaba lanzando magníficas pero fugitivas armonías, como siobedeciese a una mano distraída, pero maestra: yo me acercaba todoconmovido, trémulo, desconcertado hacia el lugar de donde partía elsonido, y como si aquel sonido hubiera sido el medio de una atracciónirresistible.

Al fin aquellas armonías desordenadas, inconexas, no escritas, emanadaspor sí mismas, sin conciencia de quién las producía, se ordenaron, sedesarrollaron, crecieron, interpretando un magnífico canto desentimiento, y luego una voz de mujer, como yo no había oído jamás, tanextensa, tan grave, tan dulce, tan elocuente, tan pura, cantó.

Yo no sé lo que cantó: cuando el sentimiento se desarrolla, cuandodomina, cuando inunda todo nuestro ser, la razón calla: yo no apreciaba,yo no comparaba, sentía, y aquel sentimiento me dominaba, me arrastrabahacia la mujer que producía en mí aquel sentimiento.

Cuando llegué a la puerta me detuve y lancé al interior una miradaansiosa: sentada de espaldas a mí, delante de un piano estaba una mujer.

Seguía cantando.

Yo me acerqué silenciosamente, atravesé la habitación y quedé de pie,inmóvil, detrás de ella.

Ella continuó cantando; pero de repente, como si mi ser se hubiera hechosentir del suyo, a pesar de que no me veía, de que no la tocaba, de queno producía el menor ruido, de que contenía mi respiración, volvió lacabeza y me miró de una manera

profunda, tranquila, con una de esaslargas miradas que sólo duran un momento, y luego espiró el sonido delpiano, y ella se puso pálida, contuvo un grito, se levantó y quedóinmóvil delante de mí.

Por un momento ni ella ni yo hablamos.

Yo la contemplaba.

Nunca había visto tan soberana hermosura; nunca tanta majestad y tantasencillez: estaba fascinado, trémulo, y sin embargo yo no conocía aaquel ser divino, a aquel ser a quien no me atrevo a llamar mujer.

No, no la conocía: era para mí enteramente nueva.

—¡Ah! perdone usted—la dije,—me he equivocado... buscaba...dispénseme usted... a los pies de usted.

—¡Buscaba usted a Amparo!—me dijo.

—Sí... en efecto, una joven...

—Que encontró usted hace seis años a media noche en la calle...

Y los ojos de la joven se llenaron de lágrimas...

—¡Amparo!—exclamé, reconociéndola al fin.

—Sí, yo soy Amparo—me contestó dominándose y sonriendo tristemente; yosoy su protegida de usted.

Y calló, me indicó el sofá, y fue a sentarse junto a él en un sillón.

Seguimos guardando silencio por algún tiempo.

Yo la contemplaba con asombro.

Quisiera poder describirla.

Pero es imposible.

Sólo puedo daros una descripción incompletísima; yo sólo puedo decirosque era una joven de veinte años, alta, esbelta, admirablemente formada,con ojos negros, grandes, brillantes, hermosos hasta lo infinito; frenteblanca, tersa, pura como el marfil; vamos: es imposible, lo veo: a unamujer hermosa se la pinta, no se la describe, y aún pintándola, por másque el retrato sea obra de un gran artista, sólo tendréis el remedo,porque faltará allí la vida; porque una fisonomía no se reproduce en unsolo rasgo, en una sola manifestación; porque no pueden fijarse,reproducirse las ondulaciones del alma; esa sonrisa a la que sucede unagravedad triste, esa mirada anhelante que vacila y tiembla delante devuestra mirada y se aparta de vos para volver a buscaros, ya más serenamás cauta, rehecha de la primera impresión; esa boca entreabierta y puraque deja escapar un hálito ardiente y entrecortado; ese seno que sealza y se deprime obedeciendo a ese hálito; no, no; el pintor sólo puedereproducir el alma en un momento dado, y el alma, que es la luz delsemblante, no se reproduce, no se manifiesta en una sola sensación... esimposible que yo pueda daros una idea de Amparo.

Lo que sí puedo deciros es que estaba completamente transformada: sóloconservaba de lo que había sido, la cicatriz de la herida que se habíahecho en la mano derecha al huir de la infamia: por lo demás losgérmenes morales y físicos que en ella existían cuando yo salí seis añosantes de Madrid, se habían desarrollado: en lo moral no era ya pobremuchacha de maneras humildes, viva y tímida a un tiempo, recelosa yconfiada, conocedora sólo de la miseria y resignada por un instinto defuerza a su pobreza: era en el aspecto una dama en la que

nada podíaecharse de menos, ni las maneras sueltas, dignas y sin afectación delgran mundo, ni el gusto más exquisito en el traje, ni la posesión de símisma, ni la ausencia de toda afectación, de todo encogimiento: quedabasiempre en ella la mirada lúcida, anhelante; la dulce palidez, latriste sonrisa, la expresión melancólica y profundamente resignada; perono era aquella la resignación que se refiere a los dolores físicos, alas privaciones, al trabajo, a la carencia de todo lo necesario: era unaresignación más terrible, porque se refería al infortunio del alma; a lacarencia de esas expansiones, sin las cuales un ser humano no es otracosa que un cadáver a quien su propio cuerpo sirve de ataúd ambulante.En lo físico la transformación había sido también maravillosa: habíacrecido: sus formas antes flacas se habían redondeado, modelado,armonizado, dulcificado hasta lo infinito: se desprendía de ella talfuerza de vida, su piel era tan intensamente blanca, tan sedosa, tanbellamente pálida, con una palidez nacarada; sus cabellos eran tannegros, tan brillantes, tan ricos, que su peinado parecía estar hechopor un escultor griego sobre ébano; las cejas negras y las pestañasnegras también, espesas, convexas, dando fuerza con su sombra a sumirada, velándola, amortiguando su brillo; su boca pequeña, de colorvivo, fresco y puro; el corte general de la cabeza, lo esbelto delcuello, lo redondo de los hombros, la altura virginal del seno, y losbrazos que se veían entre los encajes de una bata de seda a listas, lasuelta plegadura de esta bata que revelaba la ausencia de esosahuecadores con que las raquíticas mujeres de nuestros días encubren laflacura de sus formas, todo esto la daba una fuerza de voluptuosidadirresistible, y para aumentar esta voluptuosidad, se desprendía de ella,de su expresión, de sus miradas, de su actitud, tal perfume de castidad,que era necesario creer que su cuerpo como su alma estaba virgen.

Y sin embargo, aquella boca entreabierta y suspirante, aquella miradavaga y tímida, aquella palidez mate, revelaban que en ella ardía elfuego sagrado; que estaba ansiosa de amor.

¿Pero a quién podía amar Amparo?

¿Dónde el ser que pudiera llenar aquella alma tan entusiasta, tanapasionada por lo bello, que se remontaba en sus aspiraciones al cielo yvivía con pena en la tierra.

¿Dónde el alma en que pudiera reclinarse, confundirse, vivir aquellaalma desterrada?

Porque estas aspiraciones y estas necesidades de su alma estabanimpresas sobre el semblante de Amparo.

Y fue tan franca en los primeros momentos de nuestra vida la expresiónde aquel semblante, que comprendí que Amparo amaba, que amaba con todasu alma y que amaba sin esperanza.

Y al comprender esto sentí al mismo tiempo celos y remordimientos.

Celos porque no era yo el hombre a quien ella amaba.

Remordimientos porque, elevando su educación, había elevado su espíritu,la había aumentado sus aspiraciones, y la había hecho por consecuenciainfeliz.

Porque a pesar de su magnífica hermosura, ni tenía nombre ni dote.

Amparo era una expósita; Amparo sólo tenía necesidades.

¡Y es tan positivista el siglo XIX!

En otros tiempos la hermosura y la virtud podrán haber sido un magníficodote: hoy el dote está sobre la virtud y sobre la

hermosura: los viejosson los únicos que se casan con las mujeres jóvenes, honradas y bonitas.

El siglo XIX, bajo cualquiera faz que se le mire, es el siglo de lasangre y del lodo.

El siglo de la compraventa.

El siglo del incesto y del adulterio.

El siglo corruptor y corrompido.

El siglo en que la acepción de las palabras más notables está viciada.

El siglo en que todo es mentira menos el dinero.

¡Qué podéis esperar de un siglo en el cual el que invoca con entusiasmola patria, el amor y la fraternidad, o lo que es lo mismo la caridad, sepone en ridículo!

¡De un siglo en que...!

El siglo XX hará la historia del siglo XIX.

. . . . . .

¿Qué podía esperar Amparo?

Una vida de sufrimiento.

Porque Amparo tenía la desgracia de flotar, soñando, en alas de suentusiasmo, en una región a la cual sólo podía alzarse su deseo.

. . . . . .

Todo lo que acabo de apuntar lo observé, lo comparé, lo pensé, lo dedujeen un momento en que estuvimos callando, ella turbada con la miradabaja, y yo contemplándola absorto y enamorado.

Sí, enamorado, y enamorado como un loco.

Sin embargo, un mismo pensamiento, sin duda, nos hizo ponernos lamáscara de la conveniencia.

Yo creí que debía apelar a toda mi fuerza de espíritu para mostrarme conella en la verdadera posición en que podía colocarme: esto es, en laposición que me encontraba seis años antes.

Amparo debía ser siempre para mí la misma: una protegida a quien yodispensaba cuanta protección debía de una manera enteramentedesinteresada: lo demás me parecía repugnante.

Y ella... ella levantó al fin los ojos. Su semblante no mostraba másexpresión que la del respeto, la del agradecimiento: era la misma niñade seis años antes, pero hermosa, hermosísima, con un traje de seda, enuna habitación amueblada con gusto y confiada y tranquila a mi lado,como si se hubiera tratado de su padre.

Pero se transparentaba bajo aquella tranquilidad algo de doloroso: secomprendía que la careta la hacía daño.

—¿Con que hasta tal punto me había olvidado usted—me dijosonriendo—que no me ha reconocido?

—Se ha transformado usted de una manera completa—le contesté.

—Creo que quien se ha transformado es usted.

—¡Yo! no por cierto, siempre el mismo, se lo juro a usted.

—¿Y ese *usted*? ¿ese encogimiento...? Yo... yo soy siempre la misma:siempre contenta, siempre amándole a usted, siempre dando gracias a Diospor el bien que me ha hecho...

—Me parece, Amparo—la dije conmovido—que sufres, que no eres feliz,que estás contrariada.

—¡Ah! ya vuelve usted a ser el que era: el *usted* me hacía daño: porlo demás veamos lo que soy: una muchacha que en vez de vivir en untabuco, vive en un bonito cuarto: que viste seda y que borda, cose,canta, atormenta un piano y enseña lo que se enseña en España en uncolegio. Esta es toda la diferencia: por lo demás, pienso hoy de lamisma manera que pensaba el día en que almorcé con usted.

—¡Ah! ¡Te acuerdas!

—Sí me acuerdo. Y en prueba de mi buena memoria: ¿continúa ustedcansado de la vida? ¿No espera usted nada? ¿No desea usted nada?

—¡Oh!—la contesté:—nada espero, nada deseo...

—Y en esos largos viajes...

—Sólo he encontrado motivo para hastiarme más.

—¡Siempre el mismo! ¡Siempre sin esperanza! exclamó de una maneraparticular, y sin que por su acento pudiera yo conocer su intención.

—Esto en mí es una enfermedad incurable, la dije: tratemos de ti... ytú... ¿qué esperas? ¿qué deseas?

—Yo... me contestó mirándome fijamente, pienso como pensaba hace seisaños.

—¡No recuerdo!

—Pienso buscar la paz y la felicidad en Dios.

—¡Ah! ¡vuelves a lo del convento!

—Sí.

—Pero es extraño... ¿No amas?

—No.

—Eso es imposible. Una joven como tú...

—Una joven como yo... que no se pertenece; que sólo puede dar a unhombre inconvenientes; que no tiene apellido para sus hijos, no se casay una mujer como yo cuando no piensa casarse no ama.

—El amor es un sentimiento: no se ama porque se quiere amar.

—Sí, sí; concedido: comprendo que se ama porque se ama. Pero he tenidola suerte de no enamorarme.

—De seguro no habrá faltado...

—¿Y qué importa? yo me he guardado muy bien de amar.

—Pero... lo que yo quería está ya conseguido: eres toda una dama...

—Sí, es verdad, soy directora de un colegio, y salgo todos los días adar lecciones de lenguas.

—Pero y bien... este siglo no mira más que las apariencias: acepta undote cuantioso; cierra el colegio...

—¡Ah! ¡Es que quiere usted comprarme un marido!

La contestación de Amparo, aunque pronunciada en medio de una alegrerisa y con gran ligereza, tenía un fondo de dolor y de dignidad ofendidaque no podían desconocerse.

—No hablemos más de eso; la dije: harás lo que quieras, todo menos sermonja. Hablemos de otra cosa. ¿Qué se ha hecho de doña Gregoria?

—Ha muerto hace dos años, me contestó tristemente.

—¡Ah! ¡Pobre mujer!

—No por cierto; murió con la resignación de una cristiana entre misbrazos.

—¿Y su marido?

—Está empleado en provincias.

—¿Y el padre Ambrosio?

—Sigue viviendo en su casa de vecindad.

—¿Y tú?... ¿cómo estás al frente del colegio?

—Antes de que muriera doña Gregoria lo estaba ya. Había sufrido unexamen, y al morir doña Gregoria, era necesario cerrar elestablecimiento o encargarme yo de él... Entonces, el bueno de D. Tomásse convino a que se le pagasen los muebles, y... en dos años nada ledebo; estoy establecida... soy independiente, tengo un pequeñocapital... lo que basta para mi dote... y ya que usted ha venido, me voyal claustro... decididamente... me voy a buscar la paz.

—Es que yo no quiero.

—¿Y qué quiere usted que haga? ¿Cuál es su voluntad de usted? ¿Quiereusted que me case? Me casaré. Pero me casaré con un pobre.

—No, no es eso...

—Pues el convento...

—El colegio...

—Una soltera sola no está bien en el mundo.

—¿Y te casarías sólo por darme gusto?

—No me pertenezco: usted es mi padre: mi amor y mi agradecimiento memandan obedecer a usted: si así no fuera, hace mucho tiempo que habríatomado un partido cualquiera. Pero no quise tomarle sin conocimiento deusted. Y como no sabía donde usted se encontraba... como durante seisaños no ha escrito usted una sola carta...

—¿Y para qué?

—¿Para qué? Para que yo no hubiese tenido ansiedad, para que yo hubieseestado tranquila.

—¡Ah! El no saber de mí...

—Hubiera sido una infame si no me hubiera interesado la suerte deusted. Le amo a usted como amaría a mis padres... y mire usted...

Y Amparo se levantó y abrió la puerta de un gabinete.

—Allí no entra nadie más que yo, dijo.

—¿Y aquella luz? la pregunté señalando una que ardía delante de unaVirgen de los Dolores pintada al óleo.

—Esa luz arde delante de la Virgen desde el día en que usted salió deMadrid.

Y entonces los ojos de Amparo se llenaron de lágrimas.

No sé si hubiera cometido alguna imprudencia, porque en aquel momentosonó una campana.

—Adiós—me dijo tendiéndome una mano—es la hora de comer y mis niñasme esperan. Vuelva usted.

Salí enamorado y desesperado.

Enamorado porque Amparo hablaba a mi corazón, a mi voluptuosidad, a mirazón; desesperado porque nada había visto

en Amparo más que unaardiente expresión de agradecimiento. Amparo parecía enamorada de unimposible. Yo por mi parte había tenido bastante sangre fría para nohacerla sospechar el verdadero interés que me inspiraba.

Volví a mi casa preocupado, dominado por el efecto que había causado enmí la vista de Amparo.

Pretendí formar una idea exacta acerca del sentimiento que me inspiraba:al recordar su mirada, opaca, llena de una vida ardiente, su sonrisatriste, amarga en medio de su resignación, sus encantos uno por uno, ydespués el magnífico conjunto de aquellos detalles admirables: el no séqué misterioso, vago, indefinible que emanaba de sus miradas, de susonrisa, de su acento, de su actitud, de todo su ser, de su almaexhalada siempre en una manifestación sentida, dulce, extremadamentesimpática, mi corazón me decía inflamado de un ardor desconocido paramí:

—Necesito que sea mía, enteramente mía.

Y al expresar mi corazón la devorante necesidad de poseerla, mi razón megritaba severa:

—Es necesario que sea tu esposa.

De la misma manera que no he podido describiros a Amparo, no puedohaceros comprender de qué manera la deseaba, de qué manera la amaba.

La deseaba como jamás había ansiado otra mujer. Parecíame que lasmujeres con las cuales había estragado mi corazón y mis sentidos eran deotra especie que Amparo: me parecía que

Amparo era la mujer... ella solala mujer: esa mitad preciosa de la vida del hombre; la compensación desu fatiga, la alegría de sus pesares, el aliento de su corazón, la mitaddel cuerpo y del alma de nuestro hijo, de ese dulce punto de unión dondevan a confundirse en una dos existencias; la mujer con la cual nosidentificamos, que siente con nosotros como nosotros sentimos con ella;que sufre cuando sufrimos; que goza cuando gozamos; que se muestraorgullosa por pertenecernos, y fuerte por nuestra fuerza; que asida denuestro brazo se encamina tranquila a la tumba, y muere contenta y felizsi en su lecho de muerte se ve rodeada del amor de una familia en lacual se mira multiplicada, joven, fuerte, hermosa como en los días de sujuventud.

Yo al desear a Amparo, deseaba la familia... yo quería rodearme de esostestimonios de la inmortalidad humana que se llaman hijos. (Porque yoentonces, vuelvo a repetirlo, era impío y no podía referirme a lainmortalidad sino refiriéndome a la maldad.) Yo necesitaba, en fin, lapiedra del hogar, consagrado por el amor y por la virtud.

La amaba... voy a procurar deciros las manifestaciones íntimas del amorque me inspiraba Amparo.

Era un amor, ni todo espíritu, ni todo materia. Era un amor humano: elamor del hombre hacia la mujer: una atracción incontrastable mearrastraba en mi pensamiento a confundirme con ella: parecíame sentirlaengrandeciendo mi ser, absorbiéndose enteramente su cuerpo y su alma,respirando en su aliento, latiendo en su corazón, viviendo en su vida...¡Oh! El lenguaje humano es miserable... no tiene palabras para elsentimiento, es impotente para traducir el alma. Yo la amaba como a mímismo, más que a mí mismo: la amaba hacía mucho

tiempo: para conocer quela amaba necesité verla en el esplendor de su hermosura, en el lujo desu transformación, y entonces comprendí que yo no estaba hastiado sinosediento; que en mí no había muerto nada; que mi vida había pasado entreun marasmo fatigoso producido por el lodo del mundo en que hastaentonces me había revolcado.

Aquella transición de la trapera a la dama, de la niña a la mujer,transición para mí violenta puesto que alejado de ella durante seis añosno había podido asistir a la elaboración lenta, gradual, lógica deaquella transformación; fue para mí...

Suponed por un momento que el sol no existe: que sólo os alumbra una luzartificial: que habéis recorrido el mundo armado de una linterna,tropezando aquí, cayendo allá, buscando no sé qué quimera de vuestropensamiento; que habéis aplicado la luz de vuestra linterna al semblantede todo el que habéis encontrado, y habéis visto un rostro repugnantedel cual habéis apartado los ojos con hastío; que habéis seguido siempreadelante buscando vuestro fantasma y os habéis cansado al fin; habéisarrojado la linterna y os habéis quedado a oscuras, exclamando:

—El mundo es la horrible verdad de lo monstruoso, de lo deforme: lavida una carga insoportable; el hombre nuestro hermano no existe; lamujer nuestra ayuda es sueño. El que tiene vida en ese mundo dehorribles verdades muere; no hay Dios: no hay humanidad. El mundo eshijo del acaso: el hombre es un reptil como otro cualquiera.

Y suponed que cuando acabéis de pronunciar esa blasfemia aparece derepente el sol en una explosión de luz y de armonía: que lleváis unamano a vuestros ojos que se deslumbran, y otra sobre vuestro corazón quese enternece lleno de una nueva vida,

y que cuando volveis a abrir losojos os encontráis de nuevo en las tinieblas, enardecido por el próximoy candente recuerdo de la luz divina que os ha deslumbrado, de laarmonía de los cielos que ha reanimado vuestro ser... y después de habersupuesto esto suponed vuestra desesperación, vuestro dolor.

Dios existe: existe la luz; pero Dios está irritado contra vos, no hahecho la luz para que brille en vuestros ojos; no ha hecho la armoníapara que deleite vuestros oídos: sois un ser condenado: Dios es un servengativo.

Yo había buscado en el mundo sin encontrarle el amor tal cual yo lecomprendía... le había buscado en vano y me había dicho:

—Nuestro amigo y nuestra amante son dos fantasmas soñados por nuestrodeseo.

Dios no puede haber dado a su hechura aspiraciones imposibles.

Si no ha podido dárselas y las tiene no existe Dios.

O Dios es el acaso.

Amparo fue para mí el sol de la vida: la mujer que salía del edén y seponía delante de mí... la prueba material de que Dios ha dado a cadaaspiración del hombre una realización.

Amparo realizaba mis sueños: era la mujer que yo había buscado en vano,la mujer que hablaba a mi corazón y a mis sentidos; pero... Amparo no meamaba: si me hubiera amado yo lo hubiera comprendido; Amparo meconsideraba como su protector, como su padre: Amparo se resignaba acumplir mi voluntad hasta el punto de casarse con el hombre que yo ladesignase... y Amparo amaba... Amparo sufría... sus ojos, mi alma habíanapurado su sufrimiento... Amparo no era mía...

había visto por unmomento mi fantasma y me le arrebataba Dios.

Dios castigaba mi impiedad.

. . . . . .

Pasaron algunos días sin que yo fuese a ver a Amparo.

Tenía miedo de verla.

Temía echar a perder inútilmente mi papel de protector, de padre,dejándome arrebatar a una situación ridícula en un momento de olvido.

En estos días mi administrador general se empeñó en darme cuentas, y mevi obligado a ceder, para que tuviese ocasión de convencerme de que erahombre de bien.

Pasé por alto una multitud de partidas; pero no pude menos de reparar enuna data.

Estaba figurada en estos términos:

«A doña Amparo, por encargo especial del señor, cuatro mil reales.»

—¡Cuatro mil reales!—dije con extrañeza—ese no será el total de ladata.

—Sí, sí por cierto, señor, doña Amparo no ha recibido más.

—¿Y en qué consiste? ¿No mandé a usted que entregase todos los mesesmil reales a doña Gregoria?

—Sí, sí, señor, pero doña Gregoria me dijo al cuarto mes que no recibíamás... por aquel año... que a la señorita la bastaba para un año aquellacantidad y...

—Usted debió insistir.

—Insistí... pero yo no podía obligar a doña Gregoria...

—Y al año siguiente...

—Fui el primero de enero con cuatro mil reales...

—Pero no constan.

—Es que doña Gregoria no los quiso recibir.

—Es usted un torpe.

—Yo puedo sacar a un deudor la cerilla de los oídos y se la saco, si noencuentro otro medio de cobrar, para lo cual soy muy listo; pero no seme ocurre que haya en lo humano un medio para hacer tomar dinero a unapersona que no quiere tomarlo; lo cual afortunadamente es muy raro.

—Pero ¿qué razones dio a usted doña Gregoria?

—Con las palabras más dulces del mundo, deshaciéndose en elogios y enpalabras de agradecimiento hacia usted, me dijo que la señorita Amparo,ayudándola en el cuidado de las niñas del colegio, ganaba lo bastantepara sus necesidades.

No supe qué contestar. Amparo volvía a hacerse superior a mí.

Mi administrador continuó impasible relatándome sus cuentas.

Al fin en las de dos años antes, leyó lo siguiente:

—Cargo: recibido de doña Amparo, cuatro mil reales.

No pude contenerme: mi irritación estalló; mi administrador es unasesino: apuré con él la suma de los dicterios conocidos y por conocer yle destituí.

Amparo se engrandecía a mis ojos.

No puedo decir que me humillaba su dignidad, porque la amaba de tal modoque su dignidad era la dignidad mía; pero la posición en que ella sehabía colocado respecto a mí me desesperaba.

¿Con que lo que únicamente había hecho por ella había sido darla lamano, ayudarla a salir de la precaria situación en que se encontraba?¿Con que sólo me debía agradecimiento? ¿Con que el mayor trabajo de laobra de su transformación había sido suyo?

El dinero es la piedra de toque del corazón humano.

Amparo había arrancado de en medio de entre nosotros dos el dinero.

Amparo se había colocado delante de mí a una inmensa altura.

Elevándose, elevó ante mis ojos a la mujer, a la humanidad, y me obligóa confesar que existía la virtud sobre la tierra.

Y mi corazón y mi cabeza me decían:

—La amas, necesitas su amor para vivir.

Y mi desesperación me decía:

—Amparo no te ama.

Entonces blasfemaba yo.

—¡No hay Dios, decía!

. . . . . .

Fui a verla.

Habían pasado ocho días desde mi visita de vuelta de viaje.

Tiré con fuerza de la campanilla y me hice anunciar.

Amparo salió hasta el recibimiento y me tendió la mano con la mayornaturalidad.

—Otra vez no pida usted que le anuncien,—me dijo sonriendo.

Y me llevó a la sala asido de la mano.

El contacto de aquella preciosa mano, que estrechaba dulcemente la míacon una noble confianza, como se estrecha la mano de un protector aquien se ama, me causaba una impresión que en vano querría explicar:parecíame que aquella mano me transmitía otra vida más pura, más fácil;me embriagaba en un goce lánguido y tranquilo...

Indudablemente yo estaba enamorado de remate y divinizaba todo lo quepertenecía a Amparo; todo lo que emanaba de ella.

Pero yo iba preparado, y tuve bastante fuerza de voluntad para nomostrarme ni más ni menos interesado por ella que como lo estaba seisaños antes.

Ella estaba perfectamente tranquila, alegre, confiada y retenía mi manoen la suya, no como la retiene un amante, sino como retiene una hija lamano de su padre, de quien ha estado separada muchos años.

La contemplé durante algún tiempo sin perder ni un instante el cuidadode mí mismo, temiendo que una mirada, un accidente cualquiera la hicieseconocer el verdadero interés que me inspiraba.

Yo era entonces un cómico que representaba dolorosamente su papel.

—Me alegro—la dije al fin.

—¿Y de qué se alegra usted?—me contestó mirándome con gravedad.

—Me parece que eres feliz.

—¡Oh! sí; completamente feliz—me contestó—ya lo creo: al cabo letenemos a usted.

—¡Le tenemos!—exclamé con extrañeza.

—Sí, sí por cierto, el padre Ambrosio y yo. Y aun el mismo Mustafá,mírele usted echado entre nosotros y mirándole de hito en hito. A pesarde que es ya viejo no se ha olvidado de usted; no es usted para él unapersona desconocida... ¿Ha ido a verle a usted el padre Ambrosio?

—No por cierto, y me hubiera alegrado mucho de verle.

—No se habrá atrevido... es tan tímido.

—Yo iré a verle cuando salga de aquí; pero es necesario que me digasdonde vive.

Amparo se levantó y escribió las señas que me entregó.

Tenía un precioso carácter español.

—Escribes muy bien—la dije.

—Es mi obligación. ¿Se olvida usted de que soy *maestra de escuela*?

—Quisiera verte entre las niñas.

—Eso no puede ser. Pero figúrese usted que me ve: toda una madre defamilia: me pongo muy seria, riño mucho, las castigo con tratarlassecamente, y las premio con un beso.

—¡Ah! ¡Ah!

—Y paso buenamente la vida: no sé si es soberbia, pero se me figura,creo que el magisterio cuando se ejerce sobre niños es un sacerdocioque impone sagrados deberes; ¡y es tan dulce el cumplimiento del deber!Y cuando un ser cuya razón empieza a desarrollarse bajo nuestrainfluencia es una niña, todo cuidado es poco, porque de la niña se hacela mujer, la madre de familia, y la madre de familia, mal que les pese alos que niegan toda participación a la mujer en el desarrollo social, esla que siembra el fruto que ha de coger la sociedad: formad buenasmadres de familia, y habréis formado una generación llena de virtud, deentusiasmo, de valor, de abnegación, de amor patrio, de virilidad, degrandeza: los hijos son la madre: si la madre es buena, el hijo esbueno; pero si la madre ha dado a sus hijos el pernicioso ejemplo de lasdiscordias domésticas, la falta de sufrimiento y de abnegación, elescándalo continuo, el repugnante espectáculo de preferencias odiosasrespecto a este o al otro de sus hijos; si esos jóvenes corazones no hantenido ningún buen ejemplo que imitar; si sólo han debido a su madre unamor indiscreto y caprichoso, caricias exageradas, castigos inmotivados,se pervierten, se desnaturalizan embotando o perdiendo todos sus buenosinstintos y constituyendo un ser artificial formado por una malaeducación. ¡Oh! ¡Las madres! ¡Las madres!

Y Amparo inclinó la cabeza profundamente pensativa.

Como ven mis lectores, nuestra conversación no podía ir más apartada delpunto a que mi amor hacia Amparo hubiera querido llevarla.

Este alejamiento de nuestra conversación de mi idea fija, me favorecíaayudándome a mantenerme firme.

Durante dos horas, Amparo, haciendo casi sola la conversación, me dejóconocer cuánto valía su moral: vinimos al fin a recaer en mis viajes; mepreguntó acerca de las civilizaciones extranjeras, y sin haber habladoni una sola palabra de su pasado ni de sus proyectos, me despedí deella.

Fui a ver al padre Ambrosio algunos días después.

Cuando entré en la casa de vecindad, al primero a quien pregunté meindicó la puerta del aposento del exclaustrado.

Al asomar a ella, di un paso atrás.

Le había sorprendido... mondando patatas.

Pero ya era tarde.

El padre Ambrosio me vio, se levantó, dejó sobre una pequeña mesa elplato donde tenía las patatas mondadas, y me salió alegremente alencuentro; con timidez sí; pero no con una timidez de vergüenza, sinocon su timidez característica.

—¡Ah!—exclamó—usted por aquí, cuanto me alegro. Yo debiera haber idoa verle a usted.

—¡Oh! de ningún modo.

—Sí, sí, pero no me he atrevido.

—Ha hecho usted muy mal en no... atreverse.

—Dejemos, pues, estos cumplimientos: yo me alegro mucho de verle austed: ¿y cómo le va a usted...? Siéntese usted aquí en el sillón...,póngase usted el sombrero..., así...: ¿y qué me dice usted de nuestrahija? añadió sentándose en una vieja arca: es un prodigio...; a mí haacabado por hacerme feliz, me ha regenerado... ¡qué niña, Dios mío, quéniña! Ya puedo morir tranquilo, porque Amparo no necesita ya de nadie,de nadie más que de Dios.

—¡Me pregunta usted qué pienso de Amparo! contesté: con usted puedo serfranco: pienso lo que piensa un hombre de una mujer que realiza todossus sueños, todos sus deseos, todas sus aspiraciones: de la mujer aquien ama.

—¡Ama usted a Amparo! exclamó el padre Ambrosio poniéndose mortalmentepálido.

—Sí; la amo con toda mi alma.

—¿Y se lo ha dicho usted?

—No, ni se lo diré nunca.

Se tranquilizó el padre Ambrosio.

—Yo había previsto desde hace mucho tiempo, me dijo, que usted acabaríapor amarla, y me halagaba la esperanza de que mutuamente se haríanustedes felices. El amor en usted le vi yo nacer hace seis años y...pero a que soñar... Amparo no sería feliz con usted.

—¿Ama acaso a otro?

—Yo creo que sí.

—Yo también lo he creído.

—Sufre... Algunas veces la he sorprendido llorando, y he comprendido lacausa de sus lágrimas: he comprendido que estaba enamorada. Un día lasorprendí mirando un retrato.

—¡Un retrato! ¿pero de quién?

—No lo sé. Al verme se puso vivamente encarnada, se volvió y ocultó elretrato en el pecho. Yo nada la pregunté, nada la dije; Amparo, con lafuerza de voluntad que Dios la ha dado, se serenó, y nada me dijo delretrato, ni de mi sorpresa involuntaria; dejé pasar algunos días, y a laprimera confesión la dije:

—Tú sufres, Amparo.

—Tengo el alma triste, me contestó.

—¿Tienes triste el alma porque amas?

—Yo... No señor... No amo a nadie: yo no puedo amar: yo no daría a mishijos una madre sin nombre.

—Sé franca conmigo, repuse: ¿amas acaso a tu protector?

—¡Que si le amo...! Ya se ve que le amo, me contestó con la mayornaturalidad: acaso ¿no es mi padre?

—No, no me refiero yo a ese amor, sino a otro más íntimo: el amor quetiene una mujer al hombre de quien desearía ser esposa.

—No, no le amo así, ni le podría amar nunca de ese modo; me loimpediría el respeto que me inspira.

—Pues, si no amas a tu protector, ¿a quién amas?

—A nadie.

—¿Y el retrato que ocultaste al verme el otro día?

—¡Ah! ¡el retrato de mi madre!

—El retrato de su madre, exclamé interrumpiendo al religioso; pues qué,¿ha encontrado Amparo a su madre? ¿Habrá alguna razón que la impida...?

—Lo mismo la pregunté; pero ella me contestó: es el retrato fantásticode mi buena madre, con quien sueño todas las noches; en quien piensotodos los días; un rostro que yo he dibujado recordando mis sueños...Mañana le verá usted.

No supe qué contestar.

La hacía llorar la vista de la reproducción material de un fantasma.

En efecto, al día siguiente me mostró una bellísima cabeza de mujer comode cuarenta años, y había allí algo... en el semblante triste de aquelfantasma estaba el alma de Amparo.

Calló el religioso, y yo quedé profundamente pensativo.

Me había dado a conocer un nuevo rasgo del carácter romancesco deAmparo.

—Pues bien, si ella no puede amarme, le dije, continuaré comprimiendodentro de mi corazón el amor que me inspira: procuraré que no salgadelante de ella ni en mis palabras, ni en mi mirada, ni en mi semblantela más leve manifestación de ese amor. Si no puedo vencerle, volveré amis viajes.

—Mucho me temo que no sea ella la primera en apartarse de nosotros.

—¡Cómo!

—Ella ama: estoy seguro de ello: y ama con toda la vehemencia, con todala firmeza de su alma: una de dos, o la persona a quien ama no repara enella, o no pertenece a esta vida. Amparo... acaba de decírmelo hoy porla mañana, está resuelta a

meterse en un convento, y me ha mandadopracticar las primeras diligencias.

—¡Oh! No, de ningún modo, exclamé. ¡Monja! ¡Monja Amparo! No puede ser.

—Ya es tarde, me dijo: es necesario decir a usted toda la verdad. Iba adecírsela a usted; pero al revelarme usted que la amaba... temblé...callé, no me atreví...; pero... en quince días que han pasado desde quela vio usted por última vez, Amparo ha entrado en un convento, y dentrode tres días más debe tomar el hábito de novicia. Esta mañana me dioesta carta para usted. ¿Comprende usted ahora por qué no me atrevía a ira su casa?

Yo estaba aterrado, y apenas pude leer una carta que me dio el padreAmbrosio, y que contenía estas palabras:

«Convento de.... Perdone usted si por mí misma he tomado tan graveresolución. Yo no podía permanecer más en el mundo, y usted se oponeformalmente a que yo entre en el claustro. Perdóneme usted otra vez.Pero mi corazón necesita paz y he venido a buscarla a esta santacasa.—Su siempre agradecida. Amparo.»

Sin despedirme del padre Ambrosio salí comprimiéndome las sienes con lasmanos.

Mi cabeza se rompía.

Aquella carta había sido para mí un golpe de muerte, y apenas pude salira la calle.

No sé lo que me sucedió: sólo recuerdo que al volver en mí me encontréen un lecho extraño rodeado de una familia desconocida, y con un médicoa la cabecera.

Mi indisposición había sido un accidente pasajero.

Muy pronto, a consecuencia de los auxilios que se me prodigaron, volvíal uso de mis facultades.

Me encontré en la trastienda de una barbería.

Una buena mujer me aplicaba a las narices un paño mojado con vinagre.

Su marido, lanceta en mano, estaba a punto de sangrarme.

Impedí que lo hiciese, y les rogué que me procurasen un carruaje.

Aquella buena gente me sirvió de la manera más solícita, y se negó detodo punto a recibir la gratificación que yo les ofrecía.

Es un bello rasgo, exclusivo de los españoles, el negarse a recibir unarecompensa cuando creen que han debido hacer lo que han hecho, y estehecho se refiere a la caridad.

Es una bella manera de igualar al pobre con el rico.

En esos casos la palabra *gracias* del fuerte, vale tanto como *el Diosse lo pague* del desvalido.

Esto suponiendo, que el rico que da las *gracias* tiene corazón.

Yo adoro la caridad: los hombres que tienen caridad son mis hermanos.

. . . . . .

Débil, con la cabeza llena de una vaguedad febril, con el corazónfuertemente agitado, fui conducido a mi casa, donde hube de meterme encama.

El efecto que había causado en mí la resolución suprema de Amparo, miterror por perderla, mi ansiedad, mi duda acerca de recobrarla, medecían claro que Amparo había llegado a

constituirse para mí en ese serque es la mitad de nuestra existencia.

Sentía en el corazón un vacío doloroso; una hambre aguda, permítasemeesta frase, vacío que sólo ella podía llenar, hambre que sólo ella podíaextinguir.

Nunca mi voluntad luchó tan poderosamente contra una dificultad que casitenía para mí el carácter de un imposible.

Amparo huía del mundo y se encerraba con la desesperación de sumisterioso amor en un convento.

Yo me desesperaba: yo tenía celos de un fantasma: yo aborrecía al hombreque Amparo amaba.

Ninguna solución me venía al pensamiento bastante a consolarme, ya queno a curarme de mi desesperación.

Yo, como todos los desesperados, como todos los vencidos, me hubieracreído feliz con muy poco: con vivir a su lado como su hermano.

Este tímido deseo me inspiró un pensamiento, y la inspiración de estepensamiento llevó mi mano al cordón de la campanilla, del que tiréfuertemente.

—Vaya usted mismo al instante, dije a mi ayuda de cámara, a la calletal, tal número, tal cuarto; diga usted al padre Ambrosio que deseoverle al momento, que estoy enfermo, que le espero con impaciencia;lleve usted un carruaje, y tráigase usted al padre Ambrosio.

Media hora después, el exclaustrado entraba en mi alcoba.

Acercose a mí con la más viva solicitud.

—¡Oh! ¡Dios mío!—dijo, comprendiéndolo todo—¿con qué tanto la amausted?

—Amparo me ha convertido en un niño—le respondí.

—¡Que feliz hubiera sido amándole a usted!

—No pensemos en eso. Le he llamado a usted, no para hablarle de miamor, sino para pedirle que me ayude, que me auxilie.

—¿Y en qué? ¿Cómo?

—Yo comprendo que Amparo ha entrado en el convento desesperada.

—Es verdad: Amparo que nada espera en el mundo, se ha arrojadosollozando en los brazos de Dios.

—Pero Dios está en todas partes.

—Indudablemente.

—Por ejemplo: en mi casa puede encontrar a Dios como en el convento.

—Y ¿de qué modo puede estar Amparo en su casa de usted sino como suesposa?

—Cabalmente: eso es: quiero casarme con ella.

Volvió a ponerse pálido el padre Ambrosio como cuando le dije que laamaba.

—Si usted pide a Amparo su mano—me dijo gravemente—se casará conusted: si usted la abre sus brazos, se arrojará en ellos... pero ¿olvidausted que ella ama?... ¿Que ella al ser de usted apurará un sacrificiomortal? ¿No ha comprendido usted a Amparo?

—Sí; y del mismo modo que la comprendo a ella, quisiera que usted mecomprendiese.

—Comprendo que la ama usted, que la desea, que quiere casarse con ella.

—Quiero darla únicamente mi nombre, y con mi nombre, mi posición;quiero arrancarla de la exageración del claustro; si desea soledad, enmi casa la tendrá; independiente de mí su habitación, si lo desea, seráuna especie de celda; si acepta mi brazo, si me presta el suyo, nosapoyaremos el uno en el otro; seremos hermanos. Su virtud estará acubierto de toda murmuración, sin que ella se vea reducida a unencarcelamiento eterno, a prácticas fatigosas, a rivalidades y apasiones de mujeres irritadas por el secuestro, desnaturalizadas,convertidas en un ser de distinta especie por el aislamiento. Amparotiene el corazón demasiado grande para que no sufra comprimido por loscaprichos monjunos y por las mil penalidades sordas y continuas delclaustro; en una palabra: Amparo se ha arrojado en una tumba, y esnecesario sacarla de ella antes que la tierra de esa tumba la cubra y lasofoque. Es necesario que Amparo sea mi hermana y que viva a mi ladobajo el pretexto de que es mi mujer.

—¿Y está usted seguro de que un día no se irritará su amor y abusará ensu posición? ¿Sabe usted el inmenso sacrificio que será para Amparopertenecer a un hombre a quien no ama?

—Era necesario para que llegase ese caso que yo dejara de amarla, y queademás abdicase de mi corazón y de mi orgullo.

—¿Con que decididamente quiere usted casarse con ella?

—Sí.

—¿Y con qué pretexto la haremos la proposición?

—Con ninguno; usted la dirá únicamente la verdad.

—¡La verdad! ¡La diré que usted la ama!

—No: eso no sería la verdad. El amor que como mujer me inspira, no esla causa de nuestro matrimonio. La causa de nuestro matrimonio es suaislamiento. Yo no me había de casar nunca; necesito por otra parte a milado un afecto dulce, tranquilo. Hágala usted comprender que me caso conella... por la misma razón porque la arranqué de su miseria.

—¡Por caridad!

—No; no nombremos la palabra caridad: me caso por afecto... porinterés... porque la amo como si fuese mi hermana... quitemos a laverdad lo que pueda tener de humillante... ya sabe usted que las habemoscon un corazón altivo.

—Bien; la hablaré, pero desconfío: por lo mismo, y como esta comisiónes harto delicada, quiero que esté usted presente.

—¡Yo!... de ningún modo.

—Hay un medio: en el locutorio puede usted estar a un lado de la rejasin que ella le vea.

—Eso es repugnante.

—Necesito que usted asista a esta grave conversación... compréndameusted y disculpe como debe mi franqueza.

—Pero yo confío ciegamente en usted.

—Y yo desconfío del buen éxito de mi mensaje. Por lo mismo, quiero queusted asista a mi lado.

—¿Y si yo resistiese?

—Resistiría yo.

—Pues bien: iremos.

. . . . . .

Dos días después estábamos en uno de los locutorios del convento de...el padre Ambrosio y yo.

Colocado junto a la pared en que estaba la reja del locutorio, Amparo nopodía verme.

El padre Ambrosio estaba sentado en un sillón delante de la rejacabizbajo y profundamente pensativo.

Yo, detrás de él a poca distancia, escuchaba con toda el alma en losoídos.

Oyose abrir una puerta, y luego un paso reposado de mujer, el crujir deun vestido, y luego el gruñido cariñoso e impaciente de un perro.

—¡Ah! ¿Es usted?—dijo Amparo.

—Sí, yo soy, hija mía, que vengo a sacarte del convento.

—Y ¿cómo? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Tu protector conoce, como conozco yo, que no tienes vocación alclaustro.

—Eso importa poco, porque tengo menos vocación al mundo.

—Tu protector comprende que has entrado aquí desesperada.

—No lo niego.

—Quiere que tu suerte sea menos triste.

—Eso depende de Dios.

—Pero Dios se vale de los hombres.

Guardó Amparo silencio durante un momento. Mustafá seguía abalanzándosea la reja y gruñendo.

—Yo no podía permanecer en la difícil posición en que meencontraba—dijo al fin ella—me veía expuesta a atrevimientos de todogénero. No podía tener a mi lado más que personas extrañas... y luego...en fin... si el claustro es una tumba... es lo que me conviene...sufriré, concentraré mi dolor hasta que el dolor me mate... le sufriréresignadamente, y Dios me perdonará. Yo no puedo vivir como vivía, padreAmbrosio... no... no... era un tormento para mí... Dígale usted que yole agradezco con toda mi alma el interés que por mí se toma. Que mifelicidad depende de un milagro de Dios, y que... dentro de poco esemilagro será imposible.

—Amparo—repuso con autoridad y con firmeza el exclaustrado—lasexageraciones jamás producen buenos resultados. Empiezas a vivir...

—Yo creo que ya he vivido toda mi vida.

—Sea como tú quieras; pero estamos perdiendo el tiempo. Tengo quehacerte una grave proposición.

—¿De su parte?

—De su parte.

—¿Y cuál?

—Te pide formalmente tu mano.

Sucedió uno de esos solemnes silencios que se hacen oír; uno de esossilencios cuya duración no se puede contar: uno de esos silencios queson más elocuentes que todas cuantas palabras pudieran imaginarse parareemplazarles.

Luego Amparo dijo con la voz trémula, como aterrada: con acentoincomprensible:

—¿Lo manda él?

—El desea que tú... vivas mejor... que... en fin...

—No, no quiero explicaciones de ningún género, repuso con unaprecipitación entrecortada Amparo... comprendo... lo comprendo todo. ¿Lomanda él?

—El lo quiere... porque...

—No, ni una palabra más, padre Ambrosio: dígale usted que si élquiere... yo también quiero...; pero pronto... pronto por Dios... que yopare al fin donde Dios quiera que vaya a parar.

Y entonces no pudo contenerse y rompió a llorar, luego se oyó un pasoprecipitado, y la puerta que se cerraba.

—Vea usted su obra, me dijo con desesperación y aun con ira el padreAmbrosio. Hemos desgarrado el corazón de esa pobre Amparo.

—No importa, le dije saliendo con él del locutorio. El tiempo lademostrará mis intenciones, y cuando las reconozca recobrará la paz.

Y salimos del convento.

Aquel mismo día escribí a mi tío una carta que sólo contenía estasbreves palabras.

«Me caso con una mujer digna de mí, y espero que saliendo por un momentode su retiro, venga usted a presenciar nuestra unión.»

Aquel mismo día también puse en movimiento mi casa.

Invadiéronla tapiceros, renové el mueblaje, aumenté mis trenes y miservidumbre, y preparé la servidumbre particular de Amparo.

En cuanto a las habitaciones de ésta, no perdoné gasto ni cuidado, yquedé satisfecho.

El dormitorio, el tocador, el cuarto de labor y el gabinete de Amparoeran sumamente bellos y ricos, en medio de una gran sencillez.

Sólo se esperaba para efectuar el casamiento la llegada de mi tío.

Pero en vez de él llegó a vueltas de correo la lacónica carta siguiente:

«Cuando tú te casas, tu esposa debe ser un prodigio. Me alegro de turesolución, porque el matrimonio te dará una vida nueva. *Quiera Diosque seas más feliz que yo lo he sido*. Ofrece a tu, para mí incógnita,consorte, todo el cariño que la corresponde por mi parte como cosa tuya,y si te pareciere bien, daos ella y tú por convidados a estas orillas enel estío próximo.»

Yo conocía a mi tío y sabía que no había de venir.

Así, pues, la tarde del mismo día en que recibí esta carta, el padreAmbrosio fue por Amparo al convento.

Se me presentó ricamente vestida de blanco, coronada de rosas blancas ymás pálida que las rosas de su corona.

Al darme la mano al pie de la escalera la sentí estremecerse; pero aquelestremecimiento pasó, y continuó serena hablando conmigo con sumanaturalidad de cosas indiferentes.

La ceremonia fue muy triste: el padre Ambrosio nos dio la bendición, miadministrador general y mi mayordomo fueron nuestros testigos.

Nadie más asistió.

Después de esto, Amparo quedó sola conmigo.

Yo estaba sobrecogido.

No sabía hasta qué punto era grave el paso que acababa de dar.

Y la gravedad de este paso no me asustaba por mí; me asustaba por ella.

Al preguntarla el padre Ambrosio si quería ser mi esposa, unestremecimiento profundo agitó su mano, la sentí fría y pronunció un*sí* apenas articulado.

Después cuando nos quedamos solos, me miró frente a frente, pálida yconmovida, sus ojos se llenaron de lágrimas y luego me asió las manos yexclamó con un acento profundamente doloroso y sentido:

—Me ha consagrado usted su vida, a mí, a la pobre muchacha abandonada,a la infeliz trapera. Dios se lo pague a usted. ¡Quiera Dios que yopudiera hacer a usted feliz!

—Yo soy feliz, la contesté, conque tú vivas tranquila, conque seas mihermana. Ha sido necesario dar este paso para arrancarte del convento.Yo continúo mi vida sin deseos y sin esperanza, consagrada a ti, quecontinúas siendo mi hija.

Aproveché un pretexto y fui por un instante a encerrarme en mi gabinete.Allí seguro de no ser oído, de no ser visto, rompí a llorar: si nohubiera llorado mi corazón se hubiera roto.

Yo la hubiera estrechado entre mis brazos, la hubiera arrancadofrenético aquella corona de rosas blancas...

De seguro Amparo hubiera sido para mí una esposa sumisa...

Pero... yo quería su amor... y ella... ¡ella se había casado conmigoporque se lo mandaba yo! ¡por agradecimiento!

Temía hablarla de mi amor; temía indicárselo; temía que ella seviolentase, que se fingiese enamorada de mí para pagarme con unsacrificio inmenso mi protección... ¡No! Esto no podía ser... ¡yo debíacontinuar con mi careta puesta... es más: debía mostrarme contento,feliz... sólo me quedaba un recurso: estar poco tiempo a su lado yviajar mucho; evitar un momento de olvido.

Yo era infeliz.

Pero era indudablemente menos infeliz que lo hubiera sido siendo ellamonja.

No sé qué alegría misteriosa inundaba mi alma. Si no era mía, no seríade otro...

Era una posición de cierto género, y acaso... con la costumbre deverme... ¿quién sabe?

Yo esperaba.

¿Viviría el hombre a quien amaba Amparo?

¿La habría seducido este hombre?... ¿La habría abandonado?...

¡La duda! ¡Horrible espectro que ennegrece nuestra alma con su sombra!

¿Habéis dudado alguna vez de vuestra esposa o de vuestra madre...?

Porque si no habéis dudado alguna vez de cualquiera de esos dos seresque son vuestro corazón y vuestro nombre, no

comprenderéis lo terriblede la duda cuando se refiere a objetos tan sagrados.

Yo me encontraba en una situación enteramente excepcional, y sufríatodas sus consecuencias.

Sin embargo, las aceptaba, y cien veces que hubiera sido necesariohubiera vuelto a casarme con Amparo.

¡Cómo llenaba mi alma! ¡Cómo la enloquecía! ¡Cómo la desesperaba!

¡Cuánto la había divinizado mi amor!

Todo en ella para mí era perfecto.

Todo en ella para mí era ardiente.

Era un ángel de fuego que me precedía, me llevaba, me arrastraba, nosabía a donde.

Ahora ya lo sé.

Ese ángel divino me ha traído a una casa de locos.

. . . . . .

Volví a su lado perfectamente tranquilo.

Es decir fingiendo de una manera perfecta una perfecta tranquilidad.

Ella estaba sentada en un sillón junto a la chimenea y arreglabatranquilamente el fuego.

Cuando me sintió se reclinó en el sillón, y me dijo sonriendo, con lacabeza echada atrás sobre el respaldo:

—¡Que feliz soy, Luis!

Era la primera vez que Amparo pronunciaba mi nombre de una manera tanfamiliar.

Ahora recuerdo que es también la primera vez en que yo le escribo enestas memorias.

En efecto, yo me llamó Luis.

Admirome aquella tranquilidad, aquella familiaridad, aquella sonrisa,aquel no sé qué seductor, incitante que emana de ella.

Sin duda Amparo había tomado su partido aceptando por entero elsacrificio.

Este pensamiento me desgarró el alma.

Sin embargo me mantuve firme.

—Yo también soy feliz—la dije—yo necesitaba el afecto desinteresado,noble y puro de una hermana, y le tengo en ti.

—¡Oh! yo le amo a usted como si fuera mi padre... ¡y cuántagenerosidad, Dios mío! ¿Cómo no ha retrocedido usted ante la idea de queel mundo donde vive pretenda averiguar quién soy y de dónde vengo?

—Nada me importa eso: lo que me estremecía era que sin vocación...

—¡Y se ha sacrificado usted por mí...! ¡se ha imposibilitado de serfeliz mañana...! ¡si encuentra usted una mujer que le enamore...!¡vamos no sé en qué he estado pensando...! ¡yo no he debido...! ¡si porun acaso...! ¡pero no... no puede ser...!

Acercó un sillón al mío y me dijo pálida y conmovida.

—Estamos en una situación solemne, Luis: en una situación en que acasono se han encontrado dos personas solas: debemos ser francos... ¿Seráacaso?

Y se detuvo.

—Continúa, continúa; parece que te cuesta trabajo lo que me vas adecir.

—Sí, sí; lo confieso; pero es preciso, es mi deber: habiendo llegado alpunto en que nos encontramos, es necesario que yo sepa... lo que debohacer para...

—¿Para qué?

—Para ser digna de tanto beneficio.

Y luego haciendo un supremo esfuerzo añadió de una manera penosa:

—Luis: ¿me ama usted?

—¡Yo! ¡no!—la contesté sonriendo, porque había adivinado la pregunta yme había preparado.

—¡No! es decir... que se ha casado usted conmigo... ¡por... caridad!

—Amparo, hija mía—la dije—tu gran corazón te atormenta: ¡crees que hehecho un sacrificio inmenso... que te he sacrificado mi libertad! no...te engañas: estoy muerto para el amor, para ese amor ardiente que nosembriaga y nos arroja a los pies de una mujer... no, hija mía, no; eresdemasiado pura para que mi corazón, gastado ya, pueda amarte más que conese otro amor desinteresado de la amistad; si no hubieras pretendidoentrar en un convento, yo... nada te hubiera propuesto: te hubieratratado como un hermano y nada más: el día en que te hubieras casado conun hombre de tu elección hubiera sido completamente feliz.

Pero teobstinabas, no sé por qué en ser monja: habías dado un paso decisivo, yera necesario dar otro paso contrario, decisivo también; me daba miedotu resolución... tú estabas sin duda desesperada...

—No—me contestó tristemente.

—Tú has amado, Amparo; amas.

—¿Es decir que somos hermanos...? ¿que es usted tan generoso que nomira en mí siempre más que a la pobre Amparo?

—No hay en mí generosidad, más hay afecto.

—Pues bien: si somos hermanos, podemos hablar con franqueza.

Yo la observaba y vi que su frente se había serenado.

—Sí, hablemos con franqueza—la dije.

—Pues bien: he amado a un hombre.

—¿A un hombre digno de ti?

—¿Digno de mí! ¡digno de ser adorado, digno de una felicidad que le hanegado Dios!

—¿Joven?

—Joven y hermoso.

—¿Y él te amaba?

—Sí—me contestó, con su triste sonrisa habitual.

—¿Y entonces... por qué no os habéis casado?

—¡Ha muerto!—exclamó Amparo.

Y se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

Pero de una manera desconsolada, como si su alma entera se exhalase enaquel llanto.

—Pero—me dijo entre sus lágrimas—a usted le amo también: le amo deuna manera profunda; como a mi hermano... más... más aún... como amaríaa mi madre... por hacerle a usted feliz daría mi vida... y cuando elpadre Ambrosio me dijo que quería usted casarse conmigo...

—¡Te aterraste!

—No, no: en el momento de hacerme el padre Ambrosio la proposición ennombre de usted, me dije: se casa conmigo por caridad: por arrancarme deesta sepultura a que he venido desesperada: en él la caridad es la vida:no amarguemos su vida y consentí. Pero cuando me quedé sola se meocurrió que tal vez podría haber en usted más que caridad: acaso me ame,pensé: si me ama... yo le pertenezco, yo soy suya, yo debo amarle.

—¿Y tu amor?

—¡Es verdad! por eso debíamos hablar con franqueza y hemos hablado: enmí hay dos amores: uno puro, desinteresado, noble, profundo: el queusted me inspira: mi amor antes de hija, ahora de hermana: el otro amores un desdichado amor, sin esperanza: un amor que enluta mi alma y ladesespera: si un día me sorprende usted llorando, no lo extrañe usted:yo cuidaré mucho que los extraños no vean el dolor en mi semblante; todoel mudo me creerá feliz, y lo seré, en efecto, al lado de usted; pero...permítame usted que llore alguna vez por mi amor perdido; por el amordel hombre que Dios no me ha querido conceder. Esto no debe serle austed doloroso, porque no me ama sino como un hermano; no puede ustedtemer que el objeto de mi

amor manche su nombre, porque es imposible, detodo punto imposible que pueda mancharle.

—Me harás amar por ti a ese fantasma: fantasma para mí puesto que hamuerto y no sé ni quiero saber su nombre.

—¡Oh, sí! yo le amaré siempre, siempre, con toda mi alma. Usted notendrá celos, ¿no es verdad?

—Siento únicamente que ese hombre haya muerto... porque al fin,viviendo él, hubieras sido su esposa...

—No hablemos nunca de esto más: nunca... nunca: ha sido una explicaciónprecisa. Ahora, mi buen hermano, suplico a usted me diga cuál es miaposento. Necesito descanso; reposo; he sufrido mucho.

—Vamos a tener dentro de un momento al lado personas extrañas; esnecesario que delante de ellas no me hables de usted.

Aquello era ir de mal en peor.

Comprendí que no podía vivir al lado de Amparo sin que muy pronto meolvidase del todo y me convirtiese en su tirano.

En el tirano de una víctima resignada.

¿Acaso no tenía el reciente recuerdo de su repugnancia y de su terror alsentir sobre su frente mis labios?

No, yo debía respetar aquella pasión viva; yo no debía ser infame; yo nodebía cobrar mis beneficios a tanta costa para Amparo.

Pero no pude resistir a una tentación.

Su aposento y el mío, para cubrir las apariencias, sólo estabanseparados por un gabinete y se comunicaban por dos puertas de escape.

Me retiré a mi aposento, cambié lentamente el traje negro que me habíapuesto para la ceremonia por el de casa, dejé pasar, con una impacienciamortal algún tiempo, y luego abrí silenciosamente la puerta de escape demi alcoba, y me acerqué, sin causar el más leve ruido, a la otra puertade escape del dormitorio de Amparo.

Al frente, tras un bello pórtico de bambúes con cortinas de muselinabordada, estaba su lecho.

Antes, esto es, entre la puerta desde donde yo observaba y el pórtico dela alcoba, había un espacio cuadrado, y en su parte media, una mesaarrimada a la pared.

Sobre la mesa había una lámpara con bomba de cristal opaca que esparcíauna luz velada a poca distancia.

Lo demás del dormitorio estaba en sombra; en una media sombrafantástica.

Sentada en un sillón, junto a la mesa; apoyado en ella un preciosobrazo, que dejaban descubierto hasta el codo los encajes de la anchamanga de su traje; apoyado el rostro en su mano, sola, inmóvil,profundamente pensativa estaba Amparo.

Tenía ceñida aún la corona de rosas blancas.

Los brillantes de la especie de ajorca árabe, que yo la había enviado enel canastillo de boda y que rodeaba el brazo en cuya mano apoyaba sucabeza, me dejaban ver, heridos por la luz, destellos vivísimos, peroinmóviles.

Amparo parecía una estatua de cera vestida de blanco.

Su mirada fija, abstraída, profunda, como vuelta hacia adentro, hacia sualma, o como lanzada sin objeto a la inmensidad, al infinito, mirada queno veía, dilatada, lúcida, brillante, llena de

vida, pero de una vidaque espantaba, dejaba comprender la desesperación profunda, peroresignada, paciente, intensamente dolorosa de un alma desolada.

Nunca había yo llegado a concebir tanto dolor y tanta resignación: nuncauna agonía tan lenta; nunca un sufrimiento tan agudo, soportado,apurado, dominado con tanto valor: en Amparo no había esa expresión dedisgusto, de rabia, de lucha impotente; expresión de ángel rebelde ycondenado, que es una blasfemia muda; una blasfemia en imagen.

Era la víctima resignada al sacrificio.

La víctima humilde y fuerte, el alma cristiana que sufre la miseria dela vida en su manifestación más dolorosa sin rebelarse contra lavoluntad de Dios.

En vano esperé que Amparo diese una muestra de debilidad ni deimpaciencia.

Continuaba inmóvil y tranquila: pero con una tranquilidad que medesgarraba el alma.

Yo sufría de mil maneras distintas.

Primero, el inmenso infortunio de Amparo.

Después mi propio infortunio.

Luego sentía celos; unos horribles celos.

Yo no podía dudar que un amor malogrado, un amor sin esperanza, era lacausa de la desolación de Amparo.

Yo hubiera dado toda mi vida, por sentirme amado un solo momento y deaquel modo por Amparo.

Además, al contemplarla tan hermosa, idealizada, transfigurada, casi meatreveré a decir, divinizada por el

sufrimiento, sentía hervir misangre, latir mi corazón, abrasarse mi cabeza.

Yo estaba loco.

La misma fuerza de mi locura me contenía, impedía que yo lo olvidasetodo, que empujase la débil puerta que me separaba de ella y que mearrojase en sus brazos.

Yo blasfemaba.

Acusaba de injusto, de cruel, de tirano, a Dios que me hacía comprenderde una manera tan horrible el tormento de Tántalo.

Estaba inmóvil; como petrificado.

La mirada de Amparo aunque no podía verme, caía sobre mi mirada,absorbiendo mi alma, torturándola.

Lentamente fui perdiendo la conciencia de mí mismo.

Un sopor extraño se apoderó de mí.

Amparo empezó a tomar lentamente un aspecto fantástico; a abrillantarsesu mirada, a resplandecer; su figura se aisló en medio de una nieblavaga, azulada: desapareció a mi vista todo lo que la rodeaba, y quedóella sola, inmóvil siempre, pero como suspendida en medio de un espacioindefinible, en que ni había luz ni sombra.

Luego la vi alzarse lentamente, arrancarse su corona de rosas, y luegoirse despojando de sus joyas, de sus ropas; vi enteramente su hermosocuello: sus redondos hombros; luego su cabellera destrenzada agrupándosede una manera maravillosa a ambos lados de su semblante; al fin sevolvió y se alejó lentamente; se abrieron las cortinas de la alcoba yvolvieron a cerrarse.

Amparo había desaparecido; la fascinación había cesado, y volví a sentirla vida real.

A mi vez me retiré en silencio y me acosté.

Me acosté para apurar una horrible noche de fiebre y delirio.

. . . . . .

¿Por qué había yo encontrado seis años antes, sola en medio de la noche,recogiendo trapos a aquella niña?

¿Por qué me había causado compasión su miseria?

Yo maldecía mi caridad; la caridad que tan feliz me había hecho, y quetan feliz había hecho a Amparo.

Y me decía:

«La caridad es una debilidad; la caridad es la manía de los imbéciles;la caridad se vuelve contra quien la practica.

¿Por qué sentí caridad hacia Amparo?

Porque era un insensato.»

Al día siguiente Amparo se me presentó tranquila y afectuosa; en vanobusqué alrededor de sus ojos ese círculo lívido que imprime una noche deinsomnio y de fiebre.

En vano esa palidez vaga del cansancio.

Amparo estaba fresca, sonriente; parecía feliz.

—¿Has dormido bien?—la dije.

—¿Y por qué no? nunca se duerme mejor que cuando nada se desea, cuandose ha obtenido todo lo que se anhelaba: ¿y tú

Luis? estás pálido,pareces triste; si continúas así, creeré que te has sacrificado a mifelicidad.

—¡Oh! no: yo creía que tú... que sufrías; pero veo con placer que me heengañado; te prometo dormir esta noche tan bien como tú.

—Pues tranquilízate completamente, me contestó; yo nada deseo, nadaquiero más que tu amor... tu amor tal cual le siento, tal cual yo lesiento por ti; hermanos, siempre hermanos; dos y uno... ¿no es ciertoque es una felicidad que podamos amarnos de este modo?

—¡Oh! si el mundo conociese la verdad de nuestra posición, ¿qué diría?

—Se burlaría de nosotros, porque el mundo, que nunca profundiza, quenunca pasa más allá de las apariencias, es muy injusto, o por mejordecir, muy ciego. Pero si el mundo supiese que entrambos hemos amado ysufrido; que de nuestro sufrimiento y de nuestra lucha sólo hemos sacadola conciencia ilesa, comprendería nuestra mutua posición; tú has dejadoenterrado tu amor en el lodazal de tu juventud; ha muerto allí sofocado,no existe para ti; yo amo a un fantasma imposible y entrambos, con elcorazón vacío para ese amor ardiente, que Dios ha puesto en el alma delhombre y de la mujer, satisfechos el uno del otro, nos apoyamosmutuamente y nos amamos con un amor infinitamente más puro. Debemos,pues, dar gracias de nuestra felicidad a Dios.

. . . . . .

¿Me había yo engañado la noche antes?

¿Era en efecto feliz Amparo?

¿O era que tenía tanta fuerza, tanto poder para ocultar su sufrimientocomo para soportarle?

. . . . . .

Nunca me pareció un día tan largo.

Cuando nos separamos aquella noche ya bastante tarde, corrí a miacechadero.

Amparo no estaba inmóvil como la noche anterior; tenía un cofrecitosobre la mesa y sacaba de él papeles escritos, que leía y ordenaba.

Amparo con la cabeza inclinada sobre el pecho, lloraba leyendo aquellospapeles.

Lloraba de una manera desconsoladora, comprimiendo sus sollozos.

¿Era que la noche antes, sobrecogida, aturdida del golpe, por llamar asísu casamiento conmigo, la intensidad del dolor había comprimido suslágrimas, anegado sus sollozos?

Era indudable que Amparo se rendía a su dolor.

Era indudable que Amparo sufría una desgracia inmensa.

Y leía y releía aquellos papeles.

¡Cartas sin duda del hombre a quien amaba!

Después vi en sus manos un medallón que sacó también del cofrecito,parecía un retrato.

Amparo le estrechó contra sus labios, le separó de ellos, le miró de unamanera ansiosa, y exclamó:

—¡Oh Dios mío, Dios mío! ¡tened compasión de mí!

. . . . . .

Se puso a escribir lentamente.

Con mucha frecuencia se abstraía y pasaba sin escribir un largointervalo.

Luego volvía a escribir.

Pasó así gran parte de la noche, y después recogió en el cofre lospapeles y el retrato, guardó cuidadosamente el cofre en un armario, sedesnudó y desapareció tras las cortinas de su alcoba.

Yo no supe ya qué pensar de Amparo.

Pero me cubrí con el más perfecto disimulo, como ella se cubría conmigo.

Nos tratábamos como si hubiéramos vivido juntos desde nuestros primerosaños.

Las gentes nos creían el matrimonio más feliz del mundo.

La tranquilidad aparente de Amparo cuando yo era testigo de su agoníanocturna, de sus lágrimas y de lo intenso, de lo vivo, de lo inalterablede su amor hacia aquel hombre, que era para mí un misterio, latranquilidad ficticia de Amparo, repito, me irritaba.

Durante un mes pude sufrir la lucha entablada entre mi razón y miscelos; pero llegó un día en que me estremecí.

Empezaba a perder la razón; antes de perderla enteramente tomé unaresolución decisiva; la de separarme de Amparo, que era para mí untormento y un peligro, con el pretexto de un viaje para ir a visitar ami tío.

Amparo nada me dijo cuando la anuncié este viaje, más que las siguientespalabras:

—Espero que volverás pronto.

Aquella noche salí de Madrid en una silla de postas.

Mi resolución era, no volver a ver más a Amparo.

Pero para cumplir una resolución es necesario ser dueño de sí mismo, yyo no lo era.

Parecía... voy a procurar explicarme: parecía que mi alma había quedadofuertemente asida a Amparo, y que cada vuelta de las ruedas de la sillade postas que me conducía, estiraba mi alma, haciéndome sufrir untormento inexplicable.

Llegó un punto en que no pude resistir más.

Habían pasado algunas horas de una tortura aguda que se hacía másdolorosa a medida que me alejaba de ella.

Mandé al conductor que volviese a Madrid.

Luego, le ofrecí una recompensa por cada minuto que ganase.

La silla de postas volaba.

Yo me había propuesto apurar mi destino cediendo sin resistencia a losimpulsos de mi corazón.

Había resuelto quitarme mi doloroso disfraz y morir poseyendo a Amparo.

A medida que este pensamiento tomaba consistencia, estimulaba alconductor prometiéndole más.

La silla apenas tocaba con las ruedas al camino.

A pesar de esta agudez no pudimos llegar a Madrid hasta el medio día.

Cuando llegué a mi casa, subí anhelante las escaleras como si hubieseestado mucho tiempo ausente de ella.

Dominado aún por la fiebre entré en las habitaciones de Amparo.

No estaba en ellas.

Pregunté a mi ayuda de cámara, y me dijo:

—La señora acaba de salir.

—¿Y adónde?

—Han traído una carta y la señora apenas la ha leído se ha puestopálida, ha pedido a Teresa una mantilla, y con el traje de casa,acompañada de la misma Teresa, ha salido precipitadamente.

—¿A pie?

—Sí, señor, a pie.

—¿Y no sabe usted adónde ha ido?

—Nada ha dicho la señora.

Despedí a mi ayuda de cámara y me quedé solo paseándome por mi cuarto,aterrado, sintiendo no sé qué recelos.

Yo no sabía qué pensar de Amparo; era para mí un misterio.

De repente una idea poco digna, pero disculpable en la situación en queme encontraba, me llevó a su dormitorio:

«En el armario me había dicho, encierra el cofrecillo donde tiene elretrato que besa, y los papeles que lee llorando. Si es necesarioforzaré el armario y conoceré a ese hombre, leeré esas cartas, sabré aqué atenerme.»

Afortunadamente no me vi obligado a violentar nada: el armario teníapuesta la llave en la cerradura.

Antes de abrir el armario, cerré las puertas para evitar una sorpresacasual de los criados.

Luego abrí temblando el espejo que servía de puerta al armario.

En una tabla, cuidadosamente pegado a un rincón, estaba el cofrecillo.

En aquella misma tabla había otro objeto.

Un gancho de trapero.

El gancho representaba su pasado.

Acaso el cofrecillo constituía su presente.

Acaso yo al abrir aquel cofrecillo determinaría su porvenir.

Cuando el porvenir es sombriamente misterioso, tememos conocerle: comoel preso por una causa grave teme conocer la sentencia del juez.

Durante algunos minutos vacilé; dudé si debía desentrañar el misterioque guardaba aquel cofrecillo, o si prefería la duda a la verdad.

Tres veces extendí mi mano hacia el cofrecillo, y tres veces la retiré.

Pero por terrible que sea la verdad es preferible a la duda.

Me apoderé al fin del cofrecillo, le puse sobre la mesa y le abrí.

Al abrirle mi corazón no latía.

Lo primero que vi fue un pequeño estuche.

Le abrí y encontré... la cruz de brillantes que le había regalado el díaque por primera vez almorzó conmigo.

La existencia en el cofrecillo de aquella cruz, me dio no sé quéaliento, qué esperanza vaga, qué alegría íntima.

Luego seguí en mi inspección:

Buscaba el retrato y le hallé cuidadosamente envuelto en un papel muyusado.

Necesité hacer un violento esfuerzo para mirar aquel retrato; perocuando le miré...

¡Oh! ¡Dios mío! ¡cuando le miré creí morir!

El retrato que Amparo besaba llorando; que estrechaba contra su corazóny contra sus labios contemplando el cual pasaba inmóvil hora trashora... aquel retrato...

¡Aquel retrato era el mío!

. . . . . .

¿Me habría yo engañado?

¿Habría otro retrato en el cofrecillo? sería aquel otro el que besabaAmparo.

Revolví, busqué y encontré otro retrato.

Pero era un retrato de mujer, y tenía el marco negro.

Yo estaba seguro de que el retrato que besaba Amparo estaba contenido enun medallón dorado.

Aquel retrato era el mío.

. . . . . .

Sentí una vaguedad fría en mi cabeza: mis ojos se oscurecieron, no pudesostenerme de pie, y me senté en el mismo sillón en que ella se sentaba.

Y allí, replegado sobre mí mismo, con la cabeza entre mis manos, creírevolviendo mi destino; pasar mis dudas y mis celos; calmarse lentamentemi desesperación; desaparecer mi presente de hacía un momento, e ircreciendo aquel mi otro presente que hacía un momento había nacido.

Sentí comprimirse mi corazón, como necesitado de arrojar de sí un pesoinsoportable, y luego sentí que mi corazón se dilataba y lloré en unllanto largo, tranquilo, dulce, toda la hiel que había ido depositándoseen mi corazón.

Y luego me sentí inflamado de un fuego dulce, para mí desconocido; de unfuego que parecía aislar dentro de sí mismo mi alma, purificarla,levantarla hasta el cielo; pareciome tenerla en contacto con Dios,bendecida por él; luego me sentí completamente abstraído,espiritualizado, fuera del contacto de todo lo terreno, y pareciometocar con mi espíritu el espíritu de Dios, del Dios justo y bueno quepremia a los que lloran; y creí en Dios y le confesé con la inmensidadde mi pensamiento.

Y ya no dudé, no: y al consagrar mi felicidad a Dios, me alcé fuerte ytranquilo, lleno de vida y de juventud y de esperanza.

Aquel sueño de redención y de paz había pasado, y su reciente recuerdodifundía en mi ser una calma inefable; ya mi aliento no salía ronco yfatigoso de mi pecho: la vida me era fácil: el sol que penetraba por lasventanas del jardín, tenía color de gloria: mis ojos veían luz: mi pechorespiraba aire: parecíame que el espacio era armónico, que todo mesonreía, que todo se asociaba a mi felicidad.

Al fin había encontrado aquel amor infinito, necesidad ardiente de mialma.

Al fin Dios me dejaba ver el ángel de fuego que debía ser paz y migloria sobre la tierra.

Amparo me amaba.

Yo era el hombre más rico de la tierra; todo lo que había ansiado lotenía.

. . . . . .

Los que no hayáis amado con toda vuestra alma y sin esperanza, no podéiscomprender lo que acabo de deciros.

Os reiréis de mí, y creeréis hacerme mucho favor llamándome solamenteloco.

Yo escribo para los que sufren; para los que lloran.

Los que no veis la vida sino al través del escepticismo, no podéiscomprenderme.

¡Callad! porque si estoy loco, mi libro es una verdad.

La verdad de la locura.

¿Estáis vosotros seguros de que tenéis razón?

¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Puse otra vez los dos retratos y el estuche en el cofrecillo, éste en sulugar, cerré el armario, y no sabiendo adónde había ido

Amparo, meresigné a esperar su vuelta con la menor impaciencia posible.

Al pasar por su gabinete vi una carta abierta sobre un velador.

Aquella carta era sin duda la que había causado la precipitada salida deAmparo.

La leí y palidecí como ella había palidecido.

El padre Ambrosio había sido atacado de una congestión cerebral, y elmédico que le asistía lo participaba a Amparo.

Entonces comprendí por qué Amparo había salido de casa con talprecipitación.

Yo salí del mismo modo, y recorrí en algunos minutos la distancia queseparaba mi casa de la del exclaustrado.

La primera persona que encontré en la habitación del religioso, sentaday triste junto a una puerta cuyas cortinas estaban corridas, fue aAmparo.

Al verme se levantó de una manera nerviosa, y sus ojos se fijaron en mícon una alegría inmensa, pero aquella alegría tuvo la duración de unrelámpago.

—¡Ah!—dijo—yo no esperaba... que volviéseis tan pronto.

—¡Oh! sí—la dije—no puedo vivir separado de ti.

Y acercándome a ella, la abracé y la besé en la boca de una maneraardiente.

Amparo dio un gritó, se retiró y me miró de una manera profunda.

Yo me rehice.

—He visto la carta en que te anunciaban el triste estado de nuestroamigo—la dije.

—¡Oh! sí—dijo ella rehaciéndose a su vez—yo corrí, volé;pero...—añadió tristemente—todos hemos llegado tarde.

—¡Ha muerto!

—No: pero no hay esperanza; se ha hecho cuanto puede hacerse.

Amparo calló y quedó profundamente triste.

—¿Y estás... sola?

—Sí... el infeliz duerme; Teresa ha ido a casa para que vengan Juan yMaría; he mandado traer una cama; me siento mala, desesperada, Luis; erami padre.

. . . . . .

El buen exclaustrado murió aquella misma tarde.

Amparo volvió a casa desolada, impresionada fuertemente; se encerró ensu aposento, y yo respeté su dolor.

. . . . . .

Me vi obligado a continuar durante algunos días mi antiguo papel dehermano.

Al fin, una mañana, Amparo me dijo:

—Siéntate a mi lado, Luis.

Me senté en el sofá junto a ella.

—Necesito que me expliques—me dijo—ciertas cosas que no comprendobien. Desde que has vuelto de tu extraño viaje eres otro.

—¿Otro?

—Sí por cierto, antes sufrías; ahora no sufres; antes no tenías ni feni esperanza; ahora... Luis; yo veo en tus ojos otra vida... Luis; túhas encontrado la felicidad que buscabas... yo quiero saber la causa detu felicidad.

Amparo tenía menos paciencia que yo, y pasaba la primera el límite quetácitamente nos habíamos señalado.

Quise facilitarla el camino adelantándome a ella.

—Te engañas, Amparo—la dije—yo no soy feliz, bajo el punto de vistaque tú crees.

—¡Oh! sí, sí; yo no me engaño—me respondió.

—Pues te has estado engañando hasta ahora; por mejor decir, yo hesabido engañarte.

-¡Tú!

-Sí.

—¡Cómo!

—Tú no has conocido mis celos.

—¡Tus celos! ¡amas acaso!

—Sí, con toda mi alma, con toda mi fe, con todo mi entusiasmo.

Y la rodee un brazo a la cintura.

—¡Oh! ¡qué es esto! ¡Dios mío!—exclamó Amparo levantándose pálida comoun cadáver.

—Mis celos son justos—dije fingiéndome desesperado—tu amor hacia unser misterioso, te hace horrible toda demostración de amor por mi parte.

Amparo continuaba de pie, aterrada, muda, pálida, fijando en mí unamirada llena de ansiedad, de temor, de duda; ávida, dolorosa,suplicante, llena de impaciencia.

Yo la atraje a mí y la senté sobre mis rodillas sin que ella opusieseresistencia; inclinó la cabeza sobre el pecho, luego la alzó, me miródestellando de sus magníficos ojos negros un fuego casi divino, y medijo con las manos puestas sobre mis hombros con la boca entreabierta,los labios trémulos, embriagándome con el perfume de su aliento.

—¡Luis! ¡Luis! ¡ten compasión de mí!

Y luego reclinó la cabeza sobre mis hombros, y rodeó sus frescos brazosa mi cuello.

—¡Yo te amo!—la dije con voz opaca y ardiente rozando con mis labiossus mejillas.

Amparo se estremeció y rompió a llorar.

—¡Te amo—continué—no sé desde cuando! me parece que te he amado todami vida; que te amaba antes de nacer.

Amparo se estrechó más contra mí.

—He callado, porque debía callar; he sufrido cuanto he podido sufrir;pero ya no puedo sufrir más, porque tengo celos.

Amparo levantó su cabeza de sobre mi hombro, y me miró con una expresióntriste, grave, solemne, al través de sus lágrimas.

Luego me dijo con voz opaca y reconcentrada:

—¡Celos tú! ¡celos por mi amor y celos de otro hombre! ¡Esto eshorrible! ¡Esto no puede ser!

Fue para mí tan inesperada esta exclamación de Amparo, que me estremecí,y brotaron a mis ojos, sin duda, todos mis enamorados deseos, porque lasmejillas de Amparo se coloraron, y pasó por sus labios una indicación desonrisa inefable.

—¿Con que yo lo soy para ti?—añadió—¿con que has sufrido y hascallado y has mentido, como yo he sufrido, mentido y callado? ¿con quepor una obcecación mutua hemos estado a punto de ser los másdesgraciados de la tierra?

—¿Pero ese hombre? ¿ese hombre a quien amas? ¿es imposible de tudeseo?...

—Ese hombre, eres tú—me dijo exhalando en un grito inmenso toda sualma, y dejándose caer abandonada y trémula entre mis brazos.

—¡Oh! qué feliz soy—añadió sollozando de placer—¡Dios! ¡y tú!

La memoria es un don funesto.

¡La memoria, que nos trae en la desgracia, el encendido recuerdo de lafelicidad perdida!

¡Oh! ¡la memoria!

¡Si Satanás no tuviese memoria, no estaría condenado!

Después de esto había en el manuscrito que me había entregado mi amigoel loquero del hospital de Zaragoza, algunas hojas rasgadas.

Púsome de muy mal humor esta laguna que aparecía de repente, acaso en laparte más interesante de la historia de aquel pobre loco; y tanto más,cuanto en algunos girones de hojas que habían quedado adheridos, seleían algunas frases que demostraban que Luis no había sido muy felizdespués de su matrimonio.

Pero para subsanar en cierto modo esta falta, quedaban íntegras más alláde las hojas rasgadas, algunas otras escritas con seguridad, y aun nosatreveremos a decir con reflexión, en estado de razón completa.

He aquí aquellas páginas:

He despertado de un largo sueño.

No sé cuánto tiempo ha durado mi sueño.

Pero ha debido de ser largo.

Me he encontrado en una prisión.

Esto es; en un pequeño aposento, cuya puerta demasiado fuerte, tiene unarejilla espesa, y al que da luz una ventana con reja que corresponde aun jardín abandonado.

En este aposento he visto algunos muebles modestos, y una cama de formaextraña, inclinada, y a lo largo de cuyas maderas hay algunas correas.

Estas correas demuestran que algunas veces ha habido necesidad desujetar en aquel lecho, a la persona que en él durmiese.

Estando ese lecho en mi aposento, o yo en el aposento donde está eselecho, claro es que la persona a que alguna vez se han visto en lanecesidad de sujetar, soy yo.

¿Y por qué razón ha podido haber esa necesidad de sujetarme?

Yo no me acuerdo de nada.

Tengo un recuerdo confuso de una noche en que bebí demasiado, en que meescité demasiado, en que ardía mi cabeza, en que me parecía sentirdentro de ella un vacío doloroso.

Recuerdo que entonces tenía yo veinte y cuatro años; que eradesgraciado, porque la vida era para mí monótona, porque me habíahastiado de todo.

Recuerdo que yo buscaba una vida artificial, en los excesos, en el abusode los licores fuertes.

He debido pasar mucho tiempo sin la conciencia de mi existencia, omejor dicho, el período de mi existencia, cuyos sucesos no recuerdo, hadebido de ser largo.

Porque me he mirado a un espejo que tengo aquí colgado en la pared, y mehe encontrado viejo, enfermo, horriblemente demacrado, con todas lasseñales de la tisis.

He encontrado en mi mesa un manuscrito: manuscrito mío, no puedo dudarde ello.

Ese manuscrito me ha dicho que he estado loco, que he soñado.

Que he vivido muchos años, entregado a una pesadilla dolorosa y quedespierto para morir.

He recobrado indudablemente la razón.

Al entrar un hombre con mi comida me ha mirado con asombro, y me hallamado: «señor duque.»

¡Con que ha muerto mi pobre tío!

¡Con que es verdad lo que dice ese manuscrito!

¿Quién sabe?

He preguntado acerca de mí mismo, acerca de mi tío, y nada ha sabidocontestarme el director del establecimiento.

Un día me trajeron aquí porque estaba enteramente loco.

Un curador, nombrado judicialmente, ha cuidado de mis bienes, porque yono tengo parientes.

He mandado llamar a ese hombre.

—¿Qué sabe usted de la causa de mi locura? le he preguntado.

—Nada puedo contestar a vuecencia, me ha respondido, sino que fuerecogido de las calles públicas por donde vuecencia discurríadiariamente perdida la razón: ningún pariente se presentó a reclamar lacuraduría de vuecencia como demente, y esa curaduría se me ha conferidopor providencia judicial: vuecencia ha recobrado la razón, y estoydispuesto a darle cuentas.

—No se trata ahora de eso. ¿Soy yo viudo?

—Lo ignoro, señor: en Zaragoza se sabe únicamente que un día llegóvuecencia en una silla de posta, procedente de Madrid, a la fonda de lasCuatro naciones, en donde tomó el mejor aposento: en el pasaporte devuecencia constaban su nombre y su título: muy luego se comprendió quevuecencia estaba gravemente enfermo: al cabo su enfermedad se agravó: loque

antes era una monomanía tranquila, se convirtió en una locurafuriosa, y fue preciso...

—Bien, bien; pero para reconocer mi título y mi nombre debióidentificarse mi persona.

—Sí, señor.

—¿Y no consta en las diligencias judiciales mi estado?

—No, señor.

—¿Y nadie me conocía en Zaragoza?

—No, señor.

—Pues bien, es necesario que usted, u otra persona de confianza, vayana Madrid: yo daré a usted, o a esa persona, cartas para mis antiguosamigos. Necesito saber un período de mi historia que durante mienfermedad he olvidado.

. . . . . .

Este hombre, que es un honrado propietario aragonés, ha partido paraMadrid.

Pero me temo que cuando vuelva...

Esta tos seca, lenta, sin esfuerzo...

Me he visto obligado a guardar cama.

. . . . . .

¡Amparo!

¡Una mujer formada por la educación, sostenida por la virtud, por loexquisito de su sentimiento!

Esta mujer debe de haber sido un sueño mío.

Esta mujer no ha existido.

Ha sido un hermoso sueño de primavera.

Una horrible pesadilla de verano:

¡Esa mujer!

¿Y si ella hubiese existido?

¿Si no hubiera sido el sueño de un loco sediento de amor?

¡Oh! ¡qué horrible desgracia!

He rasgado la parte más dolorosa de ese sueño o de esas memorias.

La he rasgado y la he quemado temeroso de volver a la locura si leomucho ese fragmento horrible.

Pero su recuerdo está fijo en mi memoria.

Un día entré yo en mi casa, como suele entrarse por casualidad, sin sernotado.

En el gabinete de mi mujer hablaba un hombre.

Uno de mis mayores amigos.

Pretendía una cosa horrible.

Pretendía que ella me hiciera traición.

. . . . . .

Yo maté a aquel hombre.

Le maté como mata un caballero a un infame que le ha ofendido.

En duelo, con peligro de mi vida.

. . . . . .

Todo esto ha debido ser un sueño.

. . . . . .

¡Pero que sueño tan horrible!

Y si no ha sido sueño. ¡Qué verdad tan aterradora!

Parece que Dios me ha dicho:

«Tu dudaste de mí, y me negaste al cabo:

»Yo tuve compasión de ti, y te envié en Amparo un ángel de redención;

»Después te sujeté a una prueba;

»Te hice sufrir una injuria;

»Tú no supiste perdonar la injuria y levantaste tu mano armada contra unhombre y le mataste.

»Tú no eras merecedor de la felicidad.

»El ángel que yo te había dado, vio sangre humana en tu frente y sehorrorizó de ti...

»Y el horror le mató.

»Le mató como un tósigo lento.

»Y el hijo, el hermoso hijo que el amor de Amparo te había dado, privadode la ternura de su madre, murió también...

»Y tú enloqueciste.

»Y como Caín el maldito, fuiste separado de tus hermanos.»

. . . . . .

Si esto ha sido verdad... ¡Oh Dios mío! tu justicia ha sido severa;severa e implacable.

Si ha sido un sueño, ¿para qué me has dado ese ardiente sueño, Dios mío,ese sueño escrito por mi mano, que me hace dudar, que me envenena elalma?

¿Será acaso ese sueño un castigo a mi impiedad, a los impuros desórdenesde mi juventud?

. . . . . .

¡Cuánto tarda ese hombre que ha ido a Madrid!

Me siento cada día más débil.

Cada día escribo con más dificultad.

Ignoro si podré concluir.

. . . . . .

Escribo estas últimas líneas en el lecho.

Apenas tiene fuerza mi mano para sostener la pluma.

Tal vez ese hombre no llegue a tiempo.

Oídme por la última vez:

No dudéis de Dios: si sois desgraciados, aceptad resignadamente ladesgracia: si Dios os da la felicidad, no os hagáis indignos de ella; ynunca, oyendo la voz de vuestras pasiones, siguiendo a ese fantasma quese llama honor, echéis sangre sobre vuestra frente: sufrid y perdonad,no sea que os pregunte Dios cuando en un momento de desesperación lepidáis cuenta de vuestra desgracia:

¡Caín! ¿qué has hecho con tu hermano Abel?

. . . . . .

Aquí concluían las memorias del loco. Tuve la tentación deesclarecerlas, pero me detuvo el temor de encontrar en elesclarecimiento de estas memorias algo demasiado horrible.

Si hemos presentado a nuestros lectores una obra incompleta,perdónennos, porque no hemos podido hacer más.

FIN

This book was distributed courtesy of:

For your own Unlimited Reading and FREE eBooks today, visit:
http://www.Free-eBooks.net

Share this eBook with anyone and everyone automatically by selecting any of options below:

To show your appreciation to the author and help others have wonderful reading experiences and find helpful information too, we'd be very grateful if you'd kindly
post your comments for this book here.

COPYRIGHT INFORMATION

Free-eBooks.net respects the intellectual property of others. When a book's copyright owner submits their work to Free-eBooks.net, they are granting us permission to distribute such material. Unless otherwise stated in this book, this permission is not passed onto others. As such, redistributing this book without the copyright owner's permission can constitute copyright infringement. If you believe that your work has been used in a manner that constitutes copyright infringement, please follow our Notice and Procedure for Making Claims of Copyright Infringement as seen in our Terms of Service here:

http://www.free-ebooks.net/tos.html

STOP DREAMING AND BECOME AN AUTHOR YOURSELF TODAY!

It's Free, Easy and Fun!

At our sister website, Foboko.com, we provide you with a free 'Social Publishing Wizard' which guides you every step of the eBook creation/writing process and let's your friends or the entire community help along the way!

LOGON ONTO FOBOKO.COM

and get your story told!

FOBOKO.COM

e-GO! Library

AS SEEN ON TV

THE BEST BOOKS IN YOUR POCKET!

Jam-pack your Kindle, iPad, Android, Nook, or any device, full of amazing books with your own e-GO! Library. At your leisure pick your favorite titles from a wide array of categories for all tastes. Total speed, convenience & mobility are yours. Your e-GO! Library is an innovative way “to have & hold” a fresh and plentiful supply of great titles. It’s seemingly endless entertainment without the need for the internet or downloading! All in a preloaded, USB memory flash drive which puts a thousand of today's best books in your pocket!

Enjoy Anywhere Anytime!

- ✓ **CONVENIENCE** of Preloaded USB flash drive
- ✓ **FORMATS** for ALL eReaders & Mobile Devices
- ✓ **NO** need for Wi-Fi or Internet
- ✓ **AVOID** Downloading
- ✓ **SAVE** Tons of Time & Effort
- ✓ **PERFECT** for Travel
- ✓ **FUN** for the Whole Family
- ✓ **MAKES** a Great Gift

CHECK IT OUT HERE